

Selección TERROR

CURTIS GARLAND

ARAÑA HUMANA

SOLO MAYORES DE 18 AÑOS

SELECCION TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

411. Juguetes, horror y muerte, *Joseph Berna*.
412. Viaje al centro del infierno, *Clark Carrados*.
413. El culto de la carne sangrante, *Curtís Garland*.
414. Crepúsculo rojo, *Ralph Barby*.
415. El anticuario, *Adam Surray*.

CURTIS GARLAND

ARAÑA HUMANA

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 416
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 38.672 - 1980
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: febrero, 1981

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1981

CAPITULO PRIMERO
DE LOS APUNTES PERSONALES DE JASON BROOKS - 1

Todavía me pregunto si he hecho lo más correcto viniendo aquí en una noche semejante.

Pero la oferta es demasiado tentadora para un hombre como yo, con serios problemas financieros y una boda tan inminente. A fin de cuentas, no puede ser tan grave aplazar esa boda unas semanas, unos pocos meses, y obtener asi el dinero que tanto necesito en estos momentos.

No se trata de ningún engaño. La mejor prueba de ello es la suma recibida a cuenta, nada más firmar el contrato. ¿En qué trabajo, hoy en día, encuentra uno en Londres a alguien capaz de adelantarle nada menos que quinientas libras, sólo a cambio de una firma en un documento, con la garantía expresada en el mismo de recibir otras quinientas libras al final de la tarea, en un período de tiempo breve y con todos los gastos de vivienda y manutención pagados durante ese plazo?

La verdad, nadie en su sano juicio hubiese rechazado semejante proposición. Y yo no estoy loco, ni mucho menos. Yo, Jason Brooks, londinense de veinticinco años, profesor de Literatura y contable, en mis ratos de trabajo extra en alguna sórdida oficina, para reunir un poco más de dinero del que mi cátedra me proporcionó siempre en colegios tan sórdidos como esas mismas oficinas, me considero en mi sano juicio, físicamente fuerte y saludable, con una inteligencia media normal, y con unas naturales ambiciones de prosperar en una época difícil como esta, en que, con la llegada del nuevo siglo XX , las cosas no han mejorado demasiado en nuestra victoriana Inglaterra.

Porque el hecho de que nuestra anciana reina haya fallecido en la Isla de Wight recientemente, y su hijo Eduardo VII sea ahora nuestro monarca, no parece cambiar de momento demasiado las cosas[1]. Supongo que para todo hay que dar tiempo al tiempo, y más aún cuando alguien como la reina Victoria ha permanecido en el trono durante más años que ninguna otra figura regia d nuestro país. En Londres sigue habiendo miseria, trabajo malí remunerado y demasiada delincuencia en los barrios extremos, fruto también de la mala situación económica del país y de los problemas británicos en las colonias y en Europa.

En momentos así, encontrar un trabajo como este justifica muchas cosas. Incluso tener que demorar mi vida en común con esa muchacha, mi Belinda amada, y aceptar un trabajo cuya naturaleza exacta desconozo aún, en un lugar tan inhóspito y poco agradable

como éste al que hoy me ha traído el tren de cercanías desde la estación de King's Cross.

Ciertamente, el sitio no me gusta nada. Es solitario, oscuro y casi siniestro. Además, con esta noche inclemente, tan fría como lluviosa, y con el aditamento nada grato de ese vendaval que se ha levantado mientras el tren recorría la distancia entre Londres y Peterborough, el ambiente en torno a la casa aislada y solitaria adonde he llegado hace poco tiempo, se toma inquietante y sombrío, casi terrorífico, como diría un literato de mi tiempo. Por fortuna, yo no soy miedoso ni creo en fantasmas, por muy británicos y tradicionales que éstos sean.

La distancia no es errónea, acabo de comprobarlo. El lugar se llama Brompton Mews, como me dijeron en la oficina de colocación de Londres. De modo que no hay pérdida posible. Ese rótulo figura ahí, en el acceso a la propiedad. Y coincide en todo. Esto es Mews, en Petersborough, a una milla y media de la población, siguiendo el sendero de los prados. El cruce de caminos con el viejo poste de la encrucijada, acaso originario de los tiempos del rey Jorge III de la casa de Hannover, acabo de dejarlo atrás, como señalan las indicaciones del escrito que me entregaron en la oficina. El error es imposible. He llegado a mi destino.

La puerta me la ha abierto esa muchacha silenciosa y huraña, de cabellos negros, ojos relampagueantes y boca carnosa. Parece gitana o algo parecido. Sus pechos son enormes, pero parecen duros y atractivos. Es desconfiada y recelosa. Pero también tosca, como cualquier campesina. Debe ser la criada del edificio.

—Espere —me ha dicho escuetamente, en un inglés seco y algo duro—. El profesor Hammerstein le recibirá en seguida. Le está esperando, señor Brooks.

Y me ha dejado solo en este amplio salón, frente a la chimenea, perdiéndose sus pisadas por los largos y lóbregos corredores de la casa. La luz de gas brilla en los globos de vidrio esmerilado de las paredes. El fuego de los leños es acogedor y huele a resina.

Ya me advirtieron en la oficina, al concederme el empleo, que encontraría algunos detalles excéntricos en mi nuevo patrón, pero que no debía preocuparme demasiado por ello. Las personas solitarias suelen ser bastante raras en sus costumbres y hábitos y, al parecer, el profesor Waldo Hammerstein no era una excepción a esa regla, ni mucho menos.

Pero a mi me tenían sin cuidado las rarezas ajenas, siempre que no me afectaran de un modo directo. Mi futuro patrón podía ser como quisiera, en tanto pudiera trabajar para él con normalidad, y mi salario fuese todo lo generoso que el anticipo inicial prometía sin lugar a dudas. Mil libras, en estos momentos, es una suma muy respetable, que puede darnos a Belinda y a mí una boda y un futuro como nunca

habíamos imaginado en nuestras actuales estrecheces económicas. Espero que ella sepa comprenderlo cuando me reúna nuevamente con ella, después de estos breves meses de ausencia. Ignoro si el mensaje que le dejé será suficiente para tranquilizarla. Pero una de las normas de mi contrato actual es no revelar a nadie el lugar donde me hallo, ni el trabajo a realizar, ni el nombre de mi patrón bajo pretexto alguno, o ello cancelaría inmediatamente el acuerdo, obligándome a devolver hasta el último penique de la suma percibida.

Sé que esa es la primera rareza de mi nuevo empleo, pero tampoco es para echarse a llorar. Belinda entenderá. Sabe que no soy un loco ni un insensato y que si hago esto es porque a ambos nos conviene.

Estoy pergeñando con rapidez estos apuntes en mi agenda de tapas de hule negro, porque soy minucioso, me gusta llevar cuenta exacta de todos mis pasos cotidianos, y en mi actual contrato no hay cláusula alguna que me prohíba hacer mis propias anotaciones

personales. Aunque lo cierto es que tampoco mi patrón tiene por qué enterarse de ello, mientras no sea absolutamente necesario.

Oigo pasos por el corredor, allá en la distancia. Lo mejor será guardar la agenda y dejar de escribir. De un momento a otro, el profesor Hammerstein va a aparecer ante mí en persona, para darme la bienvenida e indicarme, posiblemente, la tarea a iniciar.

Debe hacer frío aquí. O humedad, no sé.

Lo cierto es que he notado un leve escalofrío. Y no puede ser motivado por otra causa. Después de todo, yo ignoro lo que es el miedo...

Además, ¿por qué tener miedo de un hombre y de un empleo bien remunerado?

¿Por qué?

* * *

Prosigo estos apuntes en mi dormitorio, tras la cena. Sobre la mesilla arde la débil llama del quinqué. La casa no tiene luz de gas más que en las dependencias de la planta baja y en el laboratorio y despacho del profesor. Aquí arriba debemos utilizar quinqués de petróleo o velas.

El profesor no parece demasiado partidario de los avances modernos. Juraría que ni siquiera le ha importado lo más mínimo que estemos ya en el siglo XX, que tan prometedor de novedades y de adelantos técnicos y científicos se presenta a mis ojos.

El profesor Hammerstein es un hombre raro. Muy raro. Pero también muy afable y cortés. Esa es la primera impresión que he sacado de él cuando he empezado a tratarle esta noche. Luego, también me he dado cuenta de que es observador, inteligente y

agudo, con fácil conversación y lagunas súbitas de silencio, reflexión y hasta abstracción sombría. Pero son como nubes que pasan rápidamente, y vuelve a ser el mismo que inicialmente me pareció.

Cuando surgió ante mí por vez primera en el amplio salón de la casa donde yo le esperaba, su voz me sorprendió al saludarme:

—Buenas noches, señor Brooks. Bien venido a su nueva casa.

Le miré entonces. Su aspecto físico, su rostro, me resultaron tan sorprendentes como su profunda, grave y lenta voz.

Sin haber nada especial en él, todo era notable, tremendamente personal.

Le respondí cortésmente, esperando luego que me diera instrucciones amplias sobre mi futuro trabajo en esta casa, a su servicio. Pero de momento, no trató de ese tema, sino de manera muy superficial y formularia. Todavía recuerdo sus palabras iniciales, suaves y afables, como si en vez de acudir a su vivienda a trabajar por un salario, fuese uno de sus invitados.

—Creo que el viaje le habrá resultado fatigoso, especialmente desde la estación del ferrocarril hasta aquí, En otra ocasión hablaremos de su tarca a mi servicio, que se limitará a apuntes y control de fórmulas químicas y trabajos realizados o en proyecto.

Creo que le miré de un modo algo raro, a juzgar por la expresión que vi en su rostro mientras escuchaba mi respuesta:

—¿Cree de veras que ése será un trabajo adecuado para un profesor de Literatura y contable en sus horas extras?

—¿Por qué no? —sonrió, haciendo un gesto ambiguo con sus manos, pequeñas y sensitivas—. Cualquier persona medianamente dotada puede hacerlo. Usted posee facilidades de expresión como experto en Literatura. Y también una mente ordenada, como contable. Creo que es justamente la persona que necesito. De todos modos, si la tarea no fuese de su agrado o se encontrara incómodo en ella, puede decírmelo sin rodeos. Si ello sucede a las dos semanas de estar conmigo, podrá quedarse con su anticipo y daremos el contrato por anulado. Si es antes, deberá devolverme una parte de la suma ya cobrada. Pero si tiene un poco de paciencia para adaptarse a esta labor, estoy convencido de que lo hará a la perfección, señor Brooks.

—Tal vez me esté sobrevalorando, profesor —le advertí, cauto.

—Bien, eso ya lo veremos —me sonrió de un modo afable, casi encantador—. Ahora, le ruego que tome algún alimento. Imagino que no ha podido cenar, con ese molesto viaje...

—Tomé un bocadillo antes de salir de Londres...

—Eso no es suficiente —rechazó con viveza—. Es tarde, pero siempre hay algo que comer en nuestra cocina, ¿no es cierto, querida Gipsy?

Se había vuelto hacia la puerta del fondo, corno si supiera de

antemano que en ella acababa de aparecer la muchacha morena de macizos pechos. La forma de llamarla, fuese nombre o apodo, me confirmó mi primera impresión sobre ella. Era gitana, sin duda alguna[2].

—Cierto, profesor —asintió la criada sin mostrar la menor extrañeza por las dotes de percepción de su amo—. Si el señor Brooks lo desea, puedo servirle una cena fría, consistente en salmón de Devon con gelatina, pudding de manzana y café.

—Eso sería extraordinario —acepté, sintiendo que se abría de pronto mi apetito ante tan excelente menú—. ¿No podría ser un poco de cerveza en vez de café?

—Nada de alcohol —cortó secamente el profesor Hammerstein—. En esta casa está prohibido por completo, señor Brooks. Deberá acostumbrarse a eso en lo sucesivo. El alcohol es nocivo y peligroso para el ser humano. Sólo los fetos se conservan bien en él.

Era un comentario tan inoportuno como desagradable. Es lo primero que no me gustó del profesor. Casi logró quitarme el apetito. Pero Gipsy me lo devolvió en parte al hablar con tono persuasivo:

—Puede subir a su habitación, señor Brooks. Imagino que estará muy cansado, y lo tiene todo a punto en ella, incluso el fuego en el hogar. Le serviré allí su cena en un momento.

—Sí, gracias —acepté, procurando olvidar la mención del profesor Hammerstein sobre fetos y alcohol. Miré a mi patrón y me puse en pie —. Supongo que a usted no le importará que me retire ya... a menos que tengamos algo que hablar.

—Oh, no, en absoluto rechazó él con rapidez, dirigiéndome una amplia sonrisa. Mañana tendremos tiempo suficiente de hacerlo. Me temo que amanecerá un día lluvioso que no le permitirá recorrer con la necesaria amplitud Brompton Mews y sus alrededores, de modo que nos sobrará tiempo para planear el trabajo inmediato en mi laboratorio. Ahora puede retirarse a descansar, señor Brooks. Gipsy se ocupará de todo. Es muy eficiente, como creo que habrá podido observar.

—Sí, cierto —miré de soslayo a la joven gitana —. Bien, profesor. Buenas noches.

—Buenas noches, señor Brooks —me tendió la mano cordialmente —. Felices sueños, amigo mío. Le llamaré a las ocho, si le parece una buena hora para iniciar la. jornada.

—Excelente —aprobé—. Me levanto mucho antes para mi cátedra de Literatura... cuando puedo ejercerla.

—Esto no es un colegio ni un internado —sonrió el profesor Hammerstein afablemente—. Considérese como en su casa en todo momento.

Me sentí agradecido por tanta amabilidad y subí precedido de

Gipsy, la criada, que abría camino ante mi, rumbo a la planta alta del caserón. Su generoso trasero se agitaba ante mí de modo provocativo, muy nítidamente dibujado por su tosca falda de algodón. Me pregunté, aunque mi lealtad a Belinda, mi prometida, había sido total hasta entonces, si el sexo estaría, como el alcohol, borrado de las normas de la casa. Aquella endiablada muchacha morena y opulenta, de recias formas, era lo más provocativo que había visto en mi vida, habituado a la lechosa palidez y las pecosas pieles blancuzcas de las mujeres londinenses.

El cuarto resultó ser tan grande y destartalado como el resto de la casa. Alto techo, cama con dosel, muros de madera artesanados y viejos cuadros de cacerías en tiempos de los Hannover. Eso, y una chimenea donde ardía un alegre fuego de leños, capaz de resucitar a un muerto en una noche como aquélla, fría y húmeda.

Gipsy me dejó solo en aquella alcoba digna de un viejo folletón, para regresar poco después con una bandeja en la que el salmón fresco, rodeado de gelatina y lechuga, acompañaba al trozo de pastel de manzana, dos rodajas de pan tierno y un café humeante. Miré a la gitanilla con curiosidad.

—¿No hay posibilidad alguna de conseguir una cerveza o una copa de vino? —musité.

—Ninguna —cortó ella, sacudiendo su morena cabeza—. Me miró con grandes y centelleantes ojos negros, profundos como la noche —. El profesor lo tiene prohibido.

—Ya oí eso, pero...

—Cuando el prohíbe algo, es definitivo. Téngalo en cuenta, señor Brooks.

—Lo tendré —suspiré, resignado, sentándome ante una mesita situada junto a la ventana de vidrios multicolores emplomados—. ¿Llevas mucho tiempo con él?

—Desde que se alojó en Brompton Mews —me dijo, ambigua.

No quise preguntarle más. Era evidente que tampoco deseaba dar respuestas demasiado concretas. ¿Orden también de su amo? No quise preguntarlo. Ni esperaba saberlo por ella.

Al poner los alimentos ante mí, me rozó mi mejilla con uno de sus grandes pechos. Ella no pareció darle importancia, pero a mí me elevó la temperatura mucho más que el crepitante fuego del hogar. Disimuladamente, intenté rozarla a mi vez el muslo y el trasero con mi mano. Pero se retiró con rapidez, no sé si a propósito o casualmente.

—Buenas noches, señor —me deseó con sonrisa que dejó al descubierto su doble hilera de nítidos dientes blancos—. Viene una jarra de agua sobre la mesilla. Si necesita algo durante la noche, no tiene más que tirar del cordón situado junto a su cama.

Se retiró, cerrando suavemente tras de sí. Yo me dije que lo que

podía necesitar durante la noche era seguro que ella no querría dármelo. Aquella endiablada muchacha había hecho vacilar mi natural espíritu frío y sereno. En estos momentos estaba pensando ardientemente en su desnudez, imaginándola entre mis sábanas. Lo sentí por Belinda. Y casi me avergoncé. Estaba haciendo esto por ella. No era justo fijarse en otra clase de manjares sexuales. Y menos en una casa donde ni siquiera el alcohol estaba permitido.

No quería perder el empleo, porque significaba perder las ansiadas mil libras.

Apuré toda la cena y me sentí mucho mejor que a mi llegada a aquel caserón viejo, sombrío y aislado. Tras el último sorbo de café, encendí un cigarro que fumé lentamente, antes de desvestirme y hundirme entre la crujiente suavidad de las sábanas limpias.

Apagué el quinqué de petróleo de la mesilla, que dejó un raro tufo acre en la oscuridad. Un profundo sopor empezó a invadirme.

Tenía sueño y cansancio. Pero aún así, encendí una vez el quinqué para mirar en torno mío, antes de dormirme. Era raro. Había creído sentir algo...

Sin embargo, la puerta seguía cerrada, el fuego ardía suavemente en los gastados leños. Y no se veía ni oía nada inquietante en torno mío.

Aun así, seguía pensando que algo extraño existía en aquella quietud. Como si me sintiera vigilado por algo que no existía.

Fue una sensación tan rara como fugaz. Momentos más tarde, la fatiga y el sueño me habían vencido. Y dormía profundamente en mi lecho de la vieja mansión.

CAPITULO II
DESAPARICION

—Es lo último que he sabido de él.

Clifford Fry no comentó nada. Estaba examinando la hoja escrita con rápida y cultivada letra. Se notaba gastada, como si hubiera sido plegada y desplegada muchas veces antes de llevarla a su oficina.

—De eso hace ya dos meses —añadió ella, ante su silencio.

Clifford Fry levantó los ojos. Los tenía del color del pedernal. Grises y duros. Fríos e inexpresivos. Por encima de ellos, las cejas se arquearon, casi rozando el mechón castaño de pelo revuelto. El rostro joven, anguloso, reflejó perplejidad.

—¿Cuánto iban a casarse? —preguntó al fin con lentitud.

—Ya puede calcularlo por ese mensaje. La fecha estaba fijada el mes pasado. Pero él lo aplazó. Ahora ya no sé cuándo puede ser.

Fry tampoco dijo nada ante esas palabras. Volvió a leer el breve texto sobre la cuartilla con membrete de una empresa de fletes navales radicada en la City.

«Querida Belinda:

Si nos casáramos en la fecha prevista, sólo podrá ofrecerte estrecheces y miseria. Estoy a punto de conseguir mil libras que, unidas a mis pocos ahorros, pueden darnos una buena base para el futuro. Alquilaremos un piso decente y tendrás una boda digna de ti, para empezar.

No me preguntes nada. Es un trabajo muy confidencial, y de especiales características. Ya estableceré contacto contigo dentro de tres o cuatro semanas como máximo. Confía en mí.

Te quiere, tu:

Jason.»

—Y no ha establecido contacto —comentó Fry, con un suspiro, dejando el papel sobre su mesa repleta de documentos de todo tipo.

—No. No lo ha establecido. Ni en tres, ni en cuatro, ni en ocho semanas.

—Y usted está preocupada.

—Más que eso: estoy asustada.

—¿Asustada? —arrugó el ceño Fry, mirándola pensativo—. ¿Por qué?

La muchacha pelirroja, de grandes ojos verdosos, tardó en responder. Era bonita, joven y esbelta. Tenía clase. Su ropa era

sencilla pero elegante. Algunas pecas salpicaban sus graciosas mejillas de suave palidez color melocotón.

—No lo sé —suspiró—. Tengo miedo por Jason. No sé en qué se ha metido.

—Esa nota no aclara mucho. ¿Es todo lo que tiene?

—No —negó ella lentamente—. Por eso tengo miedo.

Fry frunció sus labios. Entrelazó los dedos, largos y huesudos, sobre la mesa. Miró pensativo a su visitante. Los cristales esmerilados de una ventana dejaban resbalar lenta y tristemente la lluvia de un pésimo día londinense.

—Mire, señorita Godwin, no sé lo que ha venido a buscar en mí. Cierto que soy detective privado. Pero no soy Sherlock Holmes. Ese superhombre es sólo la creación de un escritor, no un ente real, se diga lo que se diga. ¿Sabe que he leído todos los casos publicados por el doctor Arthur Conan Doyle, desde que apareció «Estudio en Escarlata» en el Anuario de Navidad de Beeton's, hace ya quince años?[3]

Pero todo eso es, simplemente, literatura y ficción. Ningún detective auténtico tiene esas dotes para averiguar un caso. Por otro lado, los detectives de Craig's, Court nos ocupamos habitualmente de desapariciones rutinarias, cónyuges celosos y problemas administrativos de las empresas[4]. Como ve, algo que no parece encajar en su asunto. —He venido a hablarle de un desaparecido.

—Sí, pero no puedo hacer milagros —dominó Fry un bostezo, apartando unos papeles para poder apoyar sus manos en la superficie del mueble con más comodidad —. Y usted ha dicho, además, que tiene miedo. ¿Por qué no va a Scotland Yard con su historia? —Pensaba hacerlo. Pero he cambiado de Idea.

—¿Por qué?

—No tengo nada en que basar mi denuncia. Esa nota de Jason es tan ambigua... —¿Y espera que yo sea mejor que la policía?

—Espero que sepa comprenderme con más facilidad. Yo sé cómo es Jason. El nunca hubiera dejado de comunicar conmigo de una forma u otra, de haberle sido posible. Algo le ha sucedido, estoy segura. Por eso quiero que investigue el asunto. Dígame cuáles son sus honorarios y se los pagaré religiosamente, señor Fry.

—¿Por qué me eligió precisamente a mí?

—No sé —ella sacudió sus hombros—. Había varios nombres en las placas de esta calle. Elegí uno al azar. Fue usted.

—Vaya por Dios... —Clifford Fry inclinó la cabeza—. Usted habló de que poseía algo más que esta nota de su prometido...

—Si —asintió ella —. Un periódico recortado.

—¿Un qué?

—Esto —ella abrió su bolso. Puso ante Fry una hoja de papel extendida. Los ojos del joven detective privado se fijaron en un rectángulo recortado de la página de anuncios.

—No parece muy expresivo —comentó.

—Usted es detective, ¿no? Yo, sin serlo, investigué eso.

—¿Y sacó algo en limpio?

—Claro. Ese periódico tiene nueve semanas de antigüedad. Estaba en el apartamento de Jason. Imaginé que había atendido a ese anuncio para ganar más dinero.

—¿Y... ?

—Fui a la hemeroteca del Mail Busqué ese número. Y recorté el anuncio que falta de ahí. Rebuscó de nuevo en el bolso. Puso un rectángulo de papel impreso ante Fry. Este lo ajustó a la página incompleta. Encajaba perfectamente. La miró con reproche.

—Eso está prohibido. No se puede recortar un diario de la hemeroteca —dijo.

—No se pierden nada. Sólo hay más anuncios en la otra página —se irritó ella—. ¿Ve ese anuncio?

—Sí —él lo leyó—. Puedo darle sobresaliente como investigadora aficionada, señorita Godwin. Pero tampoco eso aclara demasiado por sí solo.

—Lo sé. ¿Quiere que le dé el caso resuelto? En tal circunstancia no hubiese venido a buscar sus servicios. Fui a la agencia que se anuncia ahí.

—Empieza a asombrarme usted —confesó Fry, atónito—. Lo sabe hacer todo sin ayuda de nadie. Cada vez entiendo menos por qué vino a verme.

—Va a saberlo en seguida. Esa agencia no existe.

—¿Qué? —Fry se inclinó, mirándola con vivo interés, realmente intrigado por vez primera durante toda la entrevista.

—Lo que oye. Hay unas viejas oficinas allá. No se alquilan desde hace más de seis meses. Alguien se aprovechó de ellas para colocar ese anuncio y recibir clientes durante dos únicos días. Jason debió ser uno de ellos. No hay portería. Nadie sabe nada en la casa ni en la vecindad, pero vieron a varios hombres acudir durante dos fechas a ciertas horas del atardecer, y había luz en la oficina desalquilada. He hablado con el que arrienda esas oficinas. Insiste en que hace medio año que nadie alquila ni una sola oficina. Fue sin duda una ocupación clandestina. Recordó que había huellas de cigarrillos y de alimentos y café ingeridos allí, pero lo atribuyó a algún merodeador. Los muebles que hay allí son viejos y sin valor, y nadie robó nada, de modo que no le dieron mayor importancia.

—Eso sí empieza a ser raro —Fry se frotó el mentón, con loa ojos brillantes, fijos en el anuncio—. Una agencia que no existe, un novio que se ausenta, y un largo silencio de dos meses...

—¿Va a ocuparse del asunto? —murmuró ella, anhelante.

—Mis honorarios habituales son cinco libras diarias y gastos. Acostumbro a ser muy considerado con el cliente en cuanto a esos gastos.

—De acuerdo —ella sepultó de nuevo la mano en su inagotable bolso, para depositar ante Fry un rollo de billetes de cinco libras. Había al menos seis o siete —. ¿Servirá eso para cuatro o cinco días?

—Tal vez sobre. Depende de cómo se presenten las cosas —recogió los billetes—. De acuerdo, señorita Godwin. Es mi caso. Despreocúpese de él. Pero si encuentro algo feo en todo esto, tendré que informar a la policía. Los del Yard son muy suspicaces con los detectives que se inmiscuyen en problemas de su jurisdicción.

—De acuerdo. Trabaje a su modo, señor Fry. Pero encuentre a Jason, se lo ruego. —¿Le quiere mucho? —preguntó él, mirándola fijamente.

—Si —asintió ella lentamente—. Mucho. Por algo iba a ser su esposa, ¿no?

—Eso no siempre es una razón. Pero en su caso creo que sí. No se preocupe ya de nada.

Este es ahora mi problema.

Belinda Godwin había tenido razón.

Allí no existía oficina alguna. Si alguna vez la hubo, de eso hacía ya tiempo. El polvo, el abandono y el olor a humedad, era todo lo que pudo captar al darse una vuelta por el lóbrego recinto.

El arrendador trataba de dorarle la píldora lo mejor posible.

—...Aún no me explico cómo ha podido permanecer tanto tiempo libre, señor. Está perfectamente situada, se puede ver el rio por esa ventana, y la vecindad es inmejorable. Además, el precio resulta de lo más razonable, y por otro lado...

—¿No ha dicho que lleva varios meses libre? —preguntó bruscamente Fry, interrumpiendo al otro.

—Pues... sí —el arrendador tragó saliva—. Algo más de seis meses, para ser exactos. Pero si alquila la oficina, una mujer de la limpieza dejará todo esto en orden el día antes de venir a ocuparla, y...

—Esto no parece tener seis meses, señor Ashley —cortó de nuevo Clifford Fry, agachándose bajo la mesa en postura poco airosa, para alzar entre sus dedos un trozo de queso seco, ligeramente verdoso en su superficie, y unas duras migajas de pan, también algo mohosas por la humedad ambiente—. Todo lo más, cosa de unos veintitantos días, yendo muy lejos.

—Oh, ¿eso? —el hombre puso cara de compungido y no supo qué decir por unos momentos—. Acaso la mujer de la limpieza, no sé...

—Lleva más de veinticuatro días sin limpiar, señor Ashley —le señaló suavemente el detective—. Hay polvo de más de dos meses, diría yo.

—La verdad, no entiendo... A veces se introducen merodeadores en estos inmuebles vacíos. Vagabundos, ya sabe; gente sin vivienda

que busca dormir bajo techado. Tal vez alguno de ellos...

—Si, tal vez —admitió secamente Fry, mientras el otro se enjugaba el sudor con un pañuelo grande y arrugado—. Le diré una cosa, señor Ashley. No me gusta su oficina, de modo que no voy a alquilarla, lo siento.

Y salió de la misma con aire seguro de si, sin que el arrendador se atreviera a objetar nada.

* * *

El portero del inmueble vecino resultó de mucha más ayuda que el administrador de la casa de oficinas deshabitadas, el señor Ashley.

Tras recoger de manos de Fry la guinea que éste le tendía, asintió con rapidez, señalando la vieja casa de muros rojos y marcos de ventanas blancos.

—Claro que estuvo ocupada esa oficina hace poco tiempo. Siempre había luz al atardecer, justamente en la ventana del centro de la segunda planta, la que usted dice. De eso hará cosa de dos meses.

—¿Y después? ¿No volvió a ver luz en ella en ninguna ocasión? —indagó curiosamente Fry.

—No, ya no. Cesó de repente un día y nadie volvió más a ella... ¡No, espere un momento! —hizo memoria y apoyó su mano en el brazo del investigador—. Ahora recuerdo... Hace menos de un mes. Tal vez unos veinte días tan sólo. Volvió a haber luz una tarde, hasta cosa de las diez de la noche, poco más o menos. Se apagó a esa hora. Y ya no he vuelto a ver más señales de vida ahí.

—Entiendo —Fry asintió. Esa encajaba con los restos de comida, pero no tanto como lo hubieran estado de permanecer en aquel lóbrego recinto durante seis meses o tan siquiera dos. Su oscura teoría iba tomando forma. Preguntó al portero—: ¿Ha visto alguna vez a su arrendatario de entonces?

—No, nunca —negó el portero—. Pero sé el nombre, porque un día me preguntó un visitante por él, mostrándome un papel con las señas. Le indiqué adónde ir, y ese nombre, por lo raro, me quedó en la memoria.

—¿Cuál es? —había interés en la voz tranquila de Fry.

—Dunedin.

—¿Dunedin? —repitió Fry, enarcando las cejas—. ¿Sólo eso?

—Sólo eso: señor Dunedin. Es un nombre curioso, ¿no?

—Sí, mucho —admitió Fry—. No suena muy británico. Sin embargo, juraría que lo he oído antes en alguna ocasión... Gracias, de todos modos.

Anotó algo en una agenda, y se marchó de la vecindad, tras una última ojeada a la siniestra apariencia de la vieja casa de oficinas

cercana al rio, en aquella zona de Chelsea.

* * *

El superintendente Peter Williams, de Scotland Yard, contempló a su visitante con el ceño fruncido.

—¿Qué andas buscando, Fry? —preguntó, no demasiado amistoso.

—Algo que posiblemente no existe —dijo él, encogiéndose de hombros con abulia —. Tengo un cliente y debo cumplir mi trabajo, eso es todo. Han denunciado una desaparición. Y quiero ganarme honradamente mi dinero, eso es todo.

—Sabes que no me gustan los investigadores privados. Ni siquiera tú. Todos os creéis un émulo de lo que escribe ese loco de Conan Doyle, con un sabueso de Baker Street. Y eso es pura faifa. Nada más que literatura.

—Está bien, está bien. No tienes que echarme encima los perros por eso. No me creo un Sherlock Holmes. La verdad es que ese tipo me fastidia con su suficiencia y sus deducciones presuntuosas. Pero, como tú dices, es sólo literatura, y no muy buena. ¿Vas a ayudarme o no?

—Eso depende —juzgó el superintendente con cautela, atusándose pensativo sus erizados bigotes pelirrojos—. ¿Qué se supone que debo hacer por ti?

—Buscar en los archivos de la Morgue.

—¿A quién?

—No estoy demasiado seguro. Podría llamarse Dunedin, o no ser ése su verdadero nombre. Alguien que haya aparecido muerto, posiblemente, sin que nadie reclamase su cadáver.

—Hay centenares de casos así en Londres cada semana. Sería como buscar una aguja en un pajar. Y más si el tipo no fue identificado, como sugieres. ¿Cuándo ocurrió eso?

—No puede hacer más de veinte días, en cualquier caso.

—¡Veinte días! —se escandalizó Williams con un resoplido—. ¿Estás loco, Fry? En ese período de tiempo tendremos, al menos, quinientos casos o más. Esta es una ciudad muy grande.

—Lo sé. ¿No puedes darme una tarjeta, cuando menos, para que visite el archivo forense? Tal vez allí me ayuden a encontrar lo que busco.

—¿Y si no está?

—Habré perdido mi tiempo, no el tuyo —sonrió Clifford con aire apacible.

Peter Williams soltó una sarta de gruñidos ininteligibles y, finalmente, trazó de mala gana unas líneas en papel timbrado, metió

éste en un sobre, dirigiéndolo al doctor Harry Owens, médico forense, y le despidió con cajas destempladas, entregándole la misiva.

—Vete al diablo con tu caso y no me molestes más —rezongó—. Pero si encuentras indicios de algún hecho criminal, recuerda que estás obligado a informamos a nosotros, o perderás tu licencia por ocultar pruebas a la ley, ¿está eso claro?

—Como la luz del día... en cualquier ciudad que no sea Londres —rió Fry, dirigiendo una triste ojeada por la ventana a las brumas espesas que flotaban sobre las casas y al rio en aquella turbia mañana invernal.

Momentos después, un carruaje le conducía hasta el Depósito de Cadáveres de la ciudad de Londres, situado en el Centro de medicina Legal. Podía haber tomado uno de aquellos cacharros que empezaban a hacer furor con sus ruidosos motores, o bien el «metro» hasta el lugar adonde se dirigía, pero no quería morir demasiado pronto con los pulmones destrozados[5]. Detestaba cordialmente el tren subterráneo.

Un joven con bata blanca le recibió solicito y examinó el sobre, meneando negativamente la cabeza al leer el nombre allí escrito.

—Lo siento, pero el doctor Owens no está aquí. Rara vez se le encuentra, salvo en casos de autopsias importantes y cosas así. Tiene demasiado trabajo acumulado. Si puedo servirle en algo... Soy el doctor Ralph Stowell, su ayudante personal.

—Por supuesto, doctor Stowell. Puede abrir esa carta como si fuese el propio doctor Owens. Usted puede ayudarme como si fuera él mismo.

—Muy amable, señor...

—Fry. Clifford Fry —se apresuró a responder el joven detective.

El doctor Stowell abrió la misiva y leyó el mensaje del superintendente Williams. Luego miró a Fry, invitándole a entrar. Olía allí intensamente a formol y a ácido fénico. —Por favor. Le atenderé en lo que precise —dijo afablemente el joven forense. Le condujo hasta un pequeño despacho amueblado sobriamente, y separado de otros por paneles de vidrio escarchado. El mismo olor reinaba en todo el recinto.

Fry expuso su deseo con rapidez. El doctor Stowell le escucho atento, asintiendo luego.

—Va a ser muy difícil —señaló—. Como le ha dicho su amigo, el superintendente, aquí se reciben muchos cadáveres de personas sin familia, muertas en circunstancias más o menos extrañas o en accidentes vulgares, a quienes nadie reclama jamás, corriendo de cuanta del municipio el entierro de los mismos.

—¿Se les practica la autopsia a todos?

—Absolutamente a todos.

—De modo que se tendrá un archivo con todos los casos registrados aquí...

—Ese archivo existe, en efecto. Pero la mayor parte de las veces, como es lógico, el sujeto carece de nombre, y se le da solamente unas cifras de identificación, mediante las cuales se localiza el caso concreto en su momento. ¿Qué datos posee usted sobre la persona que busca?

—Ninguno.

—Entonces... —el joven médico enarcó las cejas, perplejo.

—Sólo sé que puede llamarse Dunedin o no.

—¿Dunedin? —el doctor Stowell meneó la cabeza, con desaliento ostensible—, Es un raro nombre. Pero es posible que ni siquiera llevase ese dato, caso de haber pasado por aquí.

—Si, doctor, ya lo he pensado. Sin embargo, quizá no costaría comprobarlo. Tengo la certeza de que, caso de haber muerto realmente de un modo... digamos súbito y poco claro, ello ocurrió hace menos de veinte días. Y seguramente no más de quince. Pero esto es simple corazonada.

—Está bien. Veamos el archivo, de todos modos —dijo el forense —. Asi saldremos de dudas. ¿Tiene alguna descripción del hombre, algún dato concreto?

—No, ninguno —rechazó Fry, siguiendo al médico por las dependencias del sombrío edificio—. La verdad es que no le facilito gran cosa e! asunto, ¿no doctor?

—Desde luego —suspiró éste—, Pero seguro que no es culpa suya...

El archivo era impresionante. Fry se estremeció, pensando que cada legajo de aquellos significaba un largo año de hallazgos macabros en las calles de Londres, gente sin familia y sin amigos, anónimos cadáveres de una oscura historia sin fin.

El legajo del año en curso estaba, lógicamente, incompleto. El doctor Stowell lo abrió, comenzando a mirar en las fechas indicadas. Con los fríos, evidentemente, muchos desheredados morían a la intemperie, a juzgar por la enorme cantidad de fichas allí archivadas, todas ellas sin identificación alguna.

De pronto, el doctor Stowell lanzó una exclamación de asombro.

—¡Vaya! Tuvo suerte, señor Fry... —fue su comentario—. Aquí está.

Y señaló una carpeta determinada, perdida entre las de más. Sobre ella, cuidadosamente escrito con letra pulcra y redondeada, aparecía un solo nombre:

DUNEDIN

—Lo sabía —los ojos de Fry brillaron de excitación—. Lo sabía.

CAPITULO III
LOS APUNTES PERSONALES DE JASON BROOK - 2

Esto empieza a no gustarme.

No sé por qué, pero no me gusta. Creo que hablaré con el profesor Hammerstein y dejaré mi trabajo. Ya llevo aquí des largos meses. No me deja ir a ninguna parte. Es como si estuviera prisionero. Es un cautiverio agradable, eso sí. Y hasta cordial.

Ni un reproche, ni una orden, ni un mal gesto. Pero sus repetidos ruegos para que no salga de la mansión, empiezan a irritarme. De noche, todo se cierra herméticamente, y es imposible salir de aquí. De día, el trabajo me retiene en el laboratorio todo el tiempo. Acabo cansado y tullido. Ceno y me acuesto. Mis sueños cada vez son más prolongados y profundos. Hay día que duermo doce horas. Y me despierto extrañamente cansado, como si en vez de dormir hubiera estado haciendo algo fatigoso.

Solamente un día a la semana tengo de descanso. Puedo salir a pascar por los descuidados jardines que rodean la finca. Pero ni soñar en poner el pie fuera de Brompton Mews.

Las vallas son demasiado altas. Tapias de piedra sin fisuras. Vidrios afilados en su parte alta. Y los perros.

Hay dos. Andan sueltos día y noche. Le dejan a uno ir hasta la tapia. Pero aproximarse demasiado a ella significa un gruñido amenazador y la exhibición de colmillos nada tranquilizadores.

El profesor me ha dicho que terminaré pronto la tarca y podré irme de aquí. Pero de eso hace ya diez días y no hay trazas de que ello ocurra. Por otro lado, ignoro qué tarea estoy desempeñando realmente aquí, ni las razones de este enclaustramiento exagerado.

Escribo a Belinda, y Gipsy lleva mis cartas al buzón más próximo. No le digo mi paradero porque di mi palabra al profesor en ese sentido, y soy hombre de honor, aunque empiezo a cansarme de todo este juego. Gipsy dice que deposita esas cartas, y yo la creo. Tengo que creer en alguien. Después de todo, Gipsy es amable conmigo. Muy amable.

Mis apetitos sexuales no son problema con ella. La primera vez se quedó en mi alcoba tras abrirme la cama. Gocé por vez primera de sus generosos encantos. Es una hembra ardiente y deseable. Desde entonces nos hemos encontrado varias veces solos en la casa, y siempre ha tomado ella la iniciativa. No he tenido otro remedio que seguirla. No siento nada por ella, salvo atracción física, claro está. Puede llegar a enseñarle a uno perversiones amorosas insospechadas. Es una viciosa. Lo que no pude saber es si, antes de

llegar yo aquí, tenía también relaciones con su patrón.

No creo que esto sea traicionar a Belinda en modo alguno. Soy un hombre, llevo dos meses encerrado aquí y necesito, cuando menos, el desahogo sexual necesario para no volverme loco.

En cuanto a las actividades del profesor Hammerstein, son bastante raras. Llegué a sospechar que sería una especie de Burton y Haré, los ladrones de cadáveres. Uno de esos cien tíficos chiflados que manipulan cuerpos para disección. Pero no. no es eso.

El profesor Hammerstein es... ¡entomólogo!

Es decir, colecciona bichos de todo tipo. Particularmente, no me asustan los insectos, por feos que sean. Pero me repugnan. Sobre todo, ciertas especies que conserva vivas en sus recipientes especiales mi actual patrón. Son insectos odiosos, repulsivos. El profesor Hammerstein parece que ha viajado por el mundo. Tiene una mantis religiosa africana realmente enorme, de más de seis pulgadas de longitud[6]. Hay también tarántulas oceánicas, moscas tse-tse, hormigas gigantes, rojas o negras, y numerosas y bellísimas mariposas disecadas, cuidadosamente catalogadas en amplias urnas de vidrio.

Sus trabajos sobre entomología parecen referirse, en ocasiones, al estudio de determináis mutaciones genéticas, pero cuando transcribo en sus libros resulta a veces demasiado complejo para mí. Una cosa es escribir literariamente y otra hacerlo con términos científicos absolutamente oscuros.

A veces, escribiendo las anotaciones de su tarea, he notado su mirada fija en mí. He fingido no advertirlo, y he seguido mi trabajo sin levantar los ojos del papel. Pero sin saber la razón, en esos momentos me he sentido incómodo, como si fuese uno más de esos horribles bichos que él conserva y colecciona, y me estuviese estudiando con el mismo afán de coleccionista fanatizado.

No, no me gusta esto. Estoy escribiéndolo después de cenar, mientras Gipsy se aleja en silencio, tras haberme hecho la cama. Esta noche no he querido que se quedara conmigo.

No tengo ganas ni siquiera de sexo. Ella ha notado la desgana con que tocaba sus grandes pechos y ha parecido molesta conmigo. Los ha vuelto a guardar bajo su blusa y se ha marchado en silencio, con aire ofendido.

Ya empiezo a sentir sueño. Y eso que he dormido once horas la noche anterior. Son solamente las ocho de la noche y ya... ya se me cierran los ojos, me pesan los párpados... la pluma cae de mi mano...

Tengo sueño. Mucho sueño otra vez...

No sé... No me... gusta... esto...

CAPITULO IV
ASESINATO

—Dunedin... ¿Qué significa eso?

—Es el nombre de un hombre. El que puso el anuncio en el Mall. El que, sin duda, visitó su prometido aquel día, señorita Godwin.

—Es un extraño nombre...

—Muy extraño. Ahora sé dónde lo había oído antes. Es el nombre, también, de una pequeña ciudad en un lejano rincón del mundo: Nueva Zelanda. El tal Dunedin debía de ser también neozelandés. Su color de piel, sus rasgos todos, así parecían señalarlo cuando se le hizo la autopsia.

—¿Autopsia? —los ojos verdes y hermosos de la joven pestañearon, asustados, fijos ahora en el detective—. ¿Es que ha muerto?

—Si. Ha muerto.

—¿Cómo?

—No hay muchos datos a! respecto. Un policía de patrulla lo encontró sin vida cerca del Támesis. Tenía el cuello roto. Podía haberse caído de alguna parte. O podían habérselo roto intencionadamente.

—¡Qué horror! —se estremeció ella—. ¿Y Jason? ¿Le ha ocurrido algo...?

—Aún no lo sabemos. Pero supongo que no. No se contrata a un hombre por una suma lo bastante importante como para aplazar una boda ya fijada, sólo para sacrificarle de inmediato. De momento, sólo ha muerto la persona que ocupó la oficina de colocación sin arrendarla legalmente. Era como yo imaginaba.

—¿Por qué imaginó que sucedería eso?

—Era fácil suponerlo. Si alguien usó a Dunedin de intermediario para contratar los servicios de una persona como Jason Brooks, y hay algo oscuro o delictivo en ello, lo natural era deshacerse del hombre de paja utilizado para el caso. Nada mejor, en tal caso, que eliminar a Dunedin. el hombre de Nueva Zelanda.

—Es usted un detective muy superior a lo que había imaginado —confesó ella, admirada.

—Gracias. Puro lógica —sonrió Fry—. Es lo que diría un tal doctor Conan Doyle, en este caso... Ahora, señorita Godwin, tenemos que dar con su prometido lo antes posible. Pero con Dunedin se nos va el único hilo suelto que podría conducir a la madeja. Cosa que, por otro lado, ya sabía muy bien quién lo eliminó. Ahora todo va a ser mucho más difícil. —Dios mío, mi pobre Jason... —sollozó ella.

—Le dije que sería más difícil, no imposible —le recordó Fry

suavemente, apoyando una mano en su hombro—. Tenga fe en mí, señorita Godwin.

—La tengo. Y mucha. Me parece usted admirable, Fry —contestó la joven, impulsiva, mirándole con ojos húmedos y brillantes—. Pero ¿qué es lo que puede hacer ahora?

—No lo sé —Fry paseó por el gabinete confortable y coquetón en que la joven cliente le había recibido, en su domicilio del West End londinense—. Ese pobre hombre, Dunedin, llevaba el nombre tatuado en su hombro derecho. Puede ser su nombre o no. Quizá era sólo un apodo, pero su asesino no debió imaginar que lo llevara allí tatuado, o lo hubiese

hecho desaparecer mutilándolo. El doctor Harry Owens, médico forense de Scotland Yard, fue quien le hizo la autopsia. Allí constan los datos antropométricos del individuo, que permiten imaginar que era un nativo de la lejana colonia británica. Pero eso es todo lo que tenemos. Sus ropas no tenían etiquetas, no llevaba documentos encima... Nada de nada respecto a la persona que le usó para contratar a su prometido.

—De modo que estamos como al principio —suspiró ella.

—Pero con un cadáver por medio. Un asesinato y un hombre: Dunedin. Ya es algo.

—Y de ahí... ¿adónde piensa ir ahora?

—De momento, hay que esperar. He telegrafiado a la policía de Wellington, capital de Nueva Zelanda, pidiendo datos sobre alguien llamado Dunedin, nativo neozelandés de unos treinta años de edad, piel oscura, pelo negro grasiento, tatuaje con ese nombre en su hombro derecho, y demás datos del archivo de la Morgue. Esperemos que salga algo revelador. No podemos hacer otra cosa. Pero le advierto que muy pronto me van a exigir en el Yard que hable del asunto, apenas sepan que el tipo que buscaba pudo ser víctima de un (crimen. Y tendré que hablarles de Jason Brooks y de usted...

—Hágalo, si es necesario. Lo importante es que él aparezca... vivo.

—Si, la entiendo —Fry asintió lentamente, con mirada distraída, frotándose el mentón —. Eso no puede garantizarlo nadie. Pero voy a intentarlo todo, se lo prometo.

—Lo sé, Fry —ella le sonrió dulce, tristemente—. Ojalá supiera del mismo modo que alguna vez recuperará al hombre que iba a ser mi marido...

* * *

Susan Travis era una vulgar ramera. Una prostituta sin demasiado éxito

Excesivamente gorda, aunque joven, de un rubio artificioso, de enormes pechos y descarado trasero; habitualmente recalaba en los

pubs de las orillas de Támesis, para ir acumulando mala ginebra y peor whisky en un organismo ya de por sí averiado. El resultado final acostumbraba a ser siempre el mismo: una borrachera de primera categoría o. como mínimo, una torpeza absoluta en su mente y en su cuerpo, que la hacían virtualmente inútil para ganarse la vida en su antiquísima profesión, a menos que recurriese a sus habilidades bucales, que eran por cieno famosas en aquel lado del rio. Pero el amor oral era todavía, para muchos ingleses.; «cosa del diablo afrancesado» y no de los buenos británicos; del otro lado del Canal. Y Susan Travis, de ese modo, cuan do estaba demasiado ebria para otros menesteres más rutinarios, rendía poco o nada. Y eso lo sabían los clientes, reduciéndose su laboriosidad a cero y, por tanto, también sus ingresos.

Aquella noche no era una excepción. Había bebido demasiado, tanto en «La Corona y la Espada» como en «El Alce Rojo». Ahora pagaba las consecuencias. Sentía náuseas, canturreaba triste y desaunadamente Poor little flower, acompañando a las lejanas notas de un organillero distante, y daba bandazos por la orilla de Battersea Park, al sur del Támesis, y frente a Chelsea Bridge.

Vivía en las proximidades de Chelsea Embankment, pero si se quería encontrar diéntela más o menos segura en la oscuridad de la noche, era preferible bajar al otro del río, donde los viciosos abundaban, haraganeando en las zonas más oscuras. Sólo que esta noche no había tenido suerte. Y había ahogado sus penas en alcohol, como en muchas otras ocasiones, para olvidarse de todo lo que debía en la sucia y vieja pensión de Gatliff Road.

Evidentemente, ésta no era la noche de suerte de la infortunada y medio ebria Susan Travis. Antes de llegar al puente sobre el río, para cruzar al otro lado, un siseo extraño, ronco, sibilante, le llegó a sus espaldas.

Se volvió. Miró a la oscuridad.

Alguien salió de la sombra.

¿Alguien... o algo?

Se quedó rígida. Petrificada. Un grito ronco y horrible escapó de su garganta. Retrocedió, con los ojos muy azules enormemente desorbitados. El sombrerito le cayó de los rizos rubios oxigenados. Se cubrió el rostro con mano y brazo, como si eso pudiera ahuyentar de alguna forma la espantosa visión que se cernía sobre ella, surgiendo de la oscuridad como la más abominable e insólita pesadilla del mundo.

—Oh, no, no... —sollozó—. ¡Nooooo!

El sonido ronco, sibilante, se repitió. Algo bailoteó extrañamente ante ella, pareciendo elevarse, flotar en el vacío, como una forma imposible y absurda, pero que proyectó sobre la rubia ramera una

sombra grotesca, espantosa.

El sollozo se convirtió en grito, luego en alarido.

Finalmente, en estertor, mientras la forma la envolvía y algo brillaba débil, sedosa y siniestramente, en la hondura húmeda, lóbrega y atroz de la noche londinense, entre las brumas ribereñas.

La sangre escapó violentamente del cuerpo femenino, Súbitamente desgarrado. Por un muro cercano, viscosos de humedad, corrieron regueros rojos, hasta formar charco en el pavimento. Los jadeos de agonía de una mujer se iban apagando, en medio de una serie de horrendos sonidos apaga dos, sordos, chapoteantes. Era como si alguien estuviese devorando algo que crujía y chascaba. Como si carne fresca y huesos de un ser aún con vida fuesen triturados por unas fauces golosas, infatigables, ávidas...

La sangre corrió por entre el empedrado, formando regueros rojos en la negrura charolada del pavimento húmedo junto al río. La bruma flotaba sobre todo ello como un velo dantesco de horror mudo, frío y gelatinoso.

Y en esa niebla espesa, como humo del infierno, el sonido horripilante continuaba, la carne y huesos humanos seguían siendo triturados, engullidos por unas fauces hambrientas y monstruosas que se agitaban, babosas, en la sombra...

* * *

Clifford Fry sintió que se le atragantaba la cena en aquel pequeño restaurante del Soho donde se había metido. Fuera, las luces de gas continuaban brillando en las calles.

El titular de los diarios vespertinos era casi el mismo en todos ellos:

«UNA RAMERA DEVORADA EN LAS ORILLAS DEL TAMESIS. CUERPO HUMANO MEDIO MUTILADO TRAS SER ATACADO POR ALGUNA BESTIA FEROZ. SE SOSPECHA DE ALGUN ANIMAL ESCAPADO DE UN CIRCO, O DE UN POSIBLE CANIBAL LLEGADO A LA METROPOLI PROCEDENTE DE LAS COLONIAS.»

Apartó el caldo de pollo a medio consumir y rechazó, con un estremecimiento, el cordero asado, que le recordó un muslo femenino bien tostado, yaciendo entre patatas al homo...

Era una noticia terrible. Aun aceptando el sensacionalismo de los vespertinos londinenses, los datos resultaban atroces. Lo cierto es que la muchacha, una tal Susan Travis, especialista en el «amor a la francesa», según piadosa referencia periodística, había hallado la muerte junto al Támesis, no lejos de Chelsea. Pero la muerte no era en si lo peor. Alguien había devorado medio cuerpo en un espantoso festín que sugería a la policía la posibilidad del ataque de un animal feroz o de un caníbal de las vilipendiadas Colonias de Su Majestad

británica.

Lo demás era fácil de imaginar. Los extranjeros de piel oscura iban a pasar unos malos momentos en la metrópoli, perseguidos y acusados. Había ocurrido igual años atrás, cuando Jack el Destripador había asesinado a un puñado de furcias en el East End, desapareciendo luego para siempre sin dejar rastro. Con su clásica xenofobia, todos los buenos ingleses se habían dedicado entusiásticamente a la caza del extranjero, fuese de donde fuese. ¡Estaría bueno que un inglés de pura cepa fuese el Destripador!

—¿No cena más, señor? —preguntó el camarero, desolado, al verle atacar el pudding de chocolate, tras un buen trago de vino tinto.

—No, gracias —rechazó Fry, apretando los labios—. De repente he perdido el apetito. Pero no es culpa de su cocina, se lo prometo. Volveré otro día para probárselo.

Pagó y se fue. No le preocupaba demasiado la muerte de una fulana de ínfima categoría. Mucha gente moría así diariamente en Londres. Eran seres humanos, pero su vida les sometía a esa clase de riesgos. Sin embargo, le intrigaba algo: aquella chica de vida fácil, repleta de alcohol, según las primeras informaciones, había muerto muy cerca de la zona donde tuviera Dunedin su oficina clandestina durante ciertas noches.

Podía no significar nada. Pero tomaba nota de ello. Lo peor eran los detalles. El hecho del canibalismo no era precisamente tranquilizador. Recordó vagamente que en Nueva Zelanda había algunos núcleos nativos que practicaban la antropofagia como un rito casi ancestral y religioso, con los enemigos vencidos.

—Creo que mi imaginación empieza a ir demasiado deprisa —se censuró a sí mismo, tomando un carruaje de caballos para volver a su casa —. No me pagan por encontrar caníbales en Londres, sino por dar con el paradero de un tipo llamado Jason Brooks...

En casa le esperaba un telegrama de Wellington, Nueva Zelanda. Lo firmaba un tal Archie Barrow, oficial de policía. Leyó el texto con sumo interés:

«Joseph Dunedin, ciudadano nativo con pasaporte británico, ladrón y estafador, cumplió condena por ambos delitos. Estando preso por nuevos cargos, pagó su fianza un tal doctor Sigmund Stern, contratándolo como ayudante y llevándole consigo a la metrópoli hace cinco años. Es cuanto sabemos de él. Saludos.»

Dejó a un lado el telegrama, reflexionando sobre todo aquello. Se aproximó al negro adminículo que colgaba del muro en el corredor. Lo descolgó, pidiendo comunicación con la central telegráfica. Dictó otro breve telegrama, dirigido a Archie Barrow, oficial de policía en Wellington. El texto era escueto: «Detalle últimos cargos contra Joseph Dunedin, cuya fianza pagó el doctor Stern. Gracias y

saludos.»

Luego, llamó al Yard, pidiendo informes sobre el doctor Sigmund Stern, procedente de Nueva Zelanda. Prometieron informarle al otro día.

Fry encendió un cigarro, fumando pensativo, sin sentir un ápice de sueño. La verdad es que se sentía sumido en una auténtica confusión. No entendía nada, pero sabía que algo, el hilo de un posible horror, estaba allí: en Nueva Zelanda, a miles de millas de distancia, al otro extremo del mundo. Algo ocurrido en aquel lugar, había provocado la muerte de Dunedin. Y la desaparición misteriosa de Jason Brooks.

—Debería informar al superintendente Williams —comentó en voz alta —. Pero ¿qué puedo decirle todavía, si yo mismo no sé por dónde estoy?

Era una forma de liberarse de escrúpulos, y lo sabía. Pero en el fondo, resultaba cómodo para él. Y decidió no seguir discutiendo consigo mismo el asunto. Estuvo tentado de llamar a su cliente, Belinda Godwin, para una nueva entrevista Pero tampoco en ese terreno tenía demasiado para ofrecerla. Y optó por esperar unas horas.

Esas horas resultaron casi decisivas.

Porque en ellas, se cometió otro asesinato.

Pero esta vez no fue una mujercita de los bajos fondos de quien nadie tuviera que preocuparse demasiado, muerta o viva.

Esta vez, el golpe afectó directamente a la mejor sociedad británica.

Y Londres se conmovió con el mazazo.

CAPITULO VI
DE LOS APUNTES PERSONALES DE JASON BROOKS - 3

No. No es posible.

Ya no es incertidumbre. Ni inquietud. Ni recelos.

Es miedo.

¿Miedo? ¡Terror, diría yo!

Si. No me avergüenza confesarlo. Estoy aterrorizado.

No es para menos. Resulta espantoso. Realmente espantoso.

Acabo de despertar ahora. Ahora mismo. Son las tres de la tarde. Creo que estoy solo en el caserón de Brompton News. He gritado hasta desgañitarme, de rodillas y aterrado, sin que nadie me conteste, salvo el sordo eco en los muros de piedra húmeda, hermética y fríos como todo el clima que me rodea en este maldito lugar. Y delante mío, está ella.

Ella, Gipsy, la criada del profesor Hammertein. O lo que queda de ella...

Está muerta. Muerta. Cuesta trabajo aceptar eso. Sus ojos están abiertos. Más que eso, desorbitados. El rostro es una mueca de horror infinito. Sus fuertes brazos parecen paralizados en un último y supremo esfuerzo por evitar lo inevitable: la muerte.

¡Y qué muerte, Dios mío!

Sus pechos apenas si existen. Alguien los ha devorado, ha mordido y comido la opulenta carne de sus macizas glándulas mamarias, que ahora chorrean sangre, igual que su estómago, vientre y muslos. La carne recia, morena y maciza, de esta gitana hermosa y apetecible, ha sido presa de algo o alguien con apetitos feroces, animales, monstruosos.

Ha sido... ha sido devorada. Primero la asfixiaron. Su gesto lo denota. Boqueó en un afán supremo de sobrevivir. Una especie de membrana sedosa y brillante sobre su boca crispada, su rostro lívido y tumefacto. Ha debido ser la suya una muerte atroz, aquí en el sótano, cerca del laboratorio del profesor Hammerstein, cerca de su horrenda colección de monstruos diminutos, vivos o muertos.

Me he levantado lentamente, tambaleándome. Me he visto en un espejo que hace aguas, la luz del quinqué macilento del fondo, ha revelado mi impúdica desnudez. Mi cuerpo joven y musculoso no tiene una sola prenda encima. Tampoco ella, Gipsy.

No hubiera sido la primera vez que nos quedábamos desnudos en este sótano, en ausencia del profesor, y gozábamos mutuamente de nuestros cuerpos ansiosos y enfebrecidas por el deseo.

Pero esto es distinto. Muy distinto. Ella ha muerto de forma

horrible. Ha sido... ha sido comida por algún ser abominable. Y yo reposaba a su lado, sumido en un profundo letargo, en un sopor inexplicable, sin recordar nada de nada. Mi última evocación corresponde a mi dormitorio. Era una noche de niebla, fría y viscosa. Lloviznaba.

Había cenado sin apetito. Como si estuviera ahíto, no sé por qué, puesto que mi capacidad de deglución últimamente se ha reducido en exceso, y es rara la vez que me apetece comer algo. Yo lo atribuyo a la atmósfera de esta casa. Posiblemente sea eso.

Y ahora... esto.

Gipsy. Su cadáver. Su carne sangrante, rota, mordisqueada, triturada, sus huesos astillados o rotos. Dios mío, ¿qué horrible nido de antropofagia puede ser este en que me encuentro ahora, como prisionero, en compañía de dos perros feroces, el cadáver de una mujer a medio devorar... y la sombra del apacible y sereno profesor Hammerstein, como una amenaza confusa e incorpórea, que flotase en el ambiente?

He logrado alcanzar mi agenda de tapas de hule. Estoy escribiendo esto totalmente desnudo, frente a los restos ensangrentados del cuerpo de Gipsy. Mis propias manos y pecho tienen salpicaduras de sangre humana. Reposaba demasiado cerca del cadáver para no ser así. ¿Qué ha ocurrido en mi inconsciencia?

No lo sé. Pero me aterra pensarlo. Algo espantoso se ha desencadenado aquí esta noche. Casi amaneciendo. Son las siete de la mañana. Llueve con fuerza y la niebla es gris y espesa como puré. Veo correr lágrimas de agua por las vidrieras emplomadas que hay más allá de los barrotes de los ventanucos de este sótano. Tal vez tras la puerta del laboratorio, la mantis africana tiene hambre y las tarántulas se agitan impacientes. Yo, al menos, creo oír ruidos. Mil ruidos indefinibles y espeluznantes, que me llenan de pavor.

Quiero salir cuanto antes de aquí. E ir a la policía.

Si. Es lo que haré. En cuanto termine estos apuntes. Voy a hacerlo...

Pero algo ocurre arriba. Es raro. Se oye la llave girar en la cerradura. Alguien entra en la casa.

Tiene que ser él. El profesor Waldo Hammerstein. Ha vuelto. Extraña hora de regresar. ¿Es un viejo libidinoso o un sórdido bribón? Se lo preguntaré. Tiene que darme respuestas. Muchas respuestas.

No le tengo miedo. Está solo. Yo también. Gipsy, su criada fiel, ya no existe. Es sólo un amasijo de carne ensangrentada, huesos descarnados y ropas desgarradas, casi a mis pies.

Estamos solos él y yo. Es viejo, mucho más viejo que yo. Tengo todas las de ganar si se pone violento.

La puerta se está abriendo ahora. La del sótano. El profesor va a

entrar...

Bien. Me enfrentaré a él. Debo dejar este escrito. Espero concluirlo después. Y si no es así... Dios quiera que alguien lo encuentre y sepa algo de lo que aquí sucede.

Voy a ocultar el lápiz y la agenda. Luego... veremos.

SI. El profesor ya abre la puerta. Debo terminar...

CAPITULO VI
CLIMA DE HORROR

El doctor Harry Owens, médico forense del Departamento de Medicina Legal, meneó la cabeza con énfasis, mirando al visitante tras dejar caer la sábana sobre el cadáver recién seccionado en la sala de autopsias de la Morgue.

—¿Por qué pensó que había algo especial en este cuerpo, señor Fry? —indagó, mirando curiosamente al detective a través de sus lentes sin montura, aplicados a su corva nariz en forma de pinzas.

—No lo sé —Clifford Fry se encogió de hombros—. Simple corazonada, doctor.

—Es usted hombre de raras corazonadas. El cadáver es un hecho insólito, especial.

—¿Especial? ¿En qué sentido?

—Bueno, todos saben la versión oficial publicada por los periódicos —sonrió vagamente el forense, encaminándose a su despacho, vecino al de su ayudante, el joven doctor Stowell—. En mi informe médico-legal al superintendente Williams, explicaré ampliamente todos los detalles. Pero lo cierto es que esa pobre mujer ha sido devorada a medias por una bestia desconocida que no podemos catalogar de momento.

—¿Existen esa clase de animales salvajes en Londres, doctor?

—Pueden existir, aunque no es habitual. Existen tres circos en la actualidad, dos de ellos actuando en la capital y uno en provincias cercanas. De cualquiera de ellos pudo escapar un león hambriento, una pantera, Dios sabe qué...

—¿Se ha comprobado ya eso?

—Joven, es usted muy impaciente —sonrió el doctor Owens, sacudiendo su canosa cabeza en forma apacible—. Los años le enseñarán alguna vez a ser más cauto y calmoso. Se está comprobando ahora, eso es todo. Si la teoría se confirma, todo estará aclarado: la pobre mujerzuela fue atacada y medio devorada, antes de que algo asustara al animal haciéndole huir.

—¿Y si no se confirmase?

—La cosa sería más complicada —el doctor Owens se cogió los lentes de pinza para colocárselos mejor, mientras manoseaba unos papeles en su mesa —. Pero hay gente tan insensata que se ha traído pequeños cachorrillos de las colonias. De pequeño, no crean problemas. Al crecer, empieza el conflicto. Alguno pudo escapar y causar ese horror. Las posibilidades serán infinitas: antiguos comerciantes, militares retirados o dados de baja, que regresaron de esos territorios británicos de ultramar... La búsqueda puede llevar

semanas, meses enteros, señor Fry.

—¿Y si no fuese ningún animal salvaje? —sugirió Clifford suavemente.

El forense pegó un respingo. Miró curiosamente a mi interlocutor, como si acabara de descubrir en él una nueva especie de animal, infinitamente más peligroso que cualquier carnívoro salvaje llegado de las Colonias.

—No me diga que es usted uno de esos... —comentó, algo seco.

—¿De quienes, doctor?

—De los seguidores del doctor Conan Doyle y su inefable y penoso personaje, el clarividente Holmes —rió el forense de buen humor, quitándose los lentes—. En sus

novelas siempre existe una versión fantástica del hecho más trivial. Pero la vida no es una novela, señor Fry. Y menos de las que escribe el querido colega.

—A pesar de todo, insisto, doctor Owens: ¿y si no fuese ningún animal salvaje?

El forense le contempló con aire entre perplejo y curioso. Su voz sonó intrigada al demandarle:

—¿Qué podría ser entonces?

—No lo sé. Por eso se lo pregunto. Había pensado en... en canibalismo.

El doctor resopló. Se puso de nuevo sus lentes de pinza. Le miró de hito en hito, durante unos momentos.

—Es curioso. ¿Por qué se le ha ocurrido esa idea? —indagó.

—No sé. Es una posibilidad entre tantas otras. ¿Pueden diferenciar en una autopsia la existencia de saliva animal o humana en los restos humanos mutilados?

—Mire, joven, la medicina forense no está aún lo bastante avanzada como para aseverar una cosa así a ultramar. Sé lo que han publicado los diarios. Puro sensacionalismo, se lo aseguro. No hay base para afirmar nada semejante.

—Se está persiguiendo a gente de color por los barrios extremos de la ciudad —le indicó Fry—, Todos aseguran que hay un caníbal en Londres.

—Y usted está de acuerdo con esa ridícula teoría del extranjero que devora a sus semejantes, ¿no es cierto? —rió entre dientes el doctor Owens.

—Aunque le parezca raro, doctor, no.

—¿No? —el forense enarcó las cejas—. Creí que me había preguntado...

—No importa lo que le pregunté. Veo que la medicina legal no puede aclararme nada de momento. Pero-no creo en la historia del animal salvaje evadido.

—¿En qué cree entonces, señor Fry?

—Eso me gustaría saber, doctor —suspiró Clifford, dando media vuelta y alejándose por el largo y lúgubre corredor de la Morgue, camino de la salida.

* * *

Somnoliento, caminó hacia el pasillo, procurando luchar ventajosamente contra el sopor que le invadía. Descolgó el auricular negro, y aplicó la voz al micrófono, preguntando con voz sorda, estropajosa:

—Clifford Fry. ¿Quién llama?

—Por todos los diablos. Fry, vente para acá en cuanto puedas —masculló una voz bronca, que las deficiencias telefónicas no lograban desfigurar lo bastante —. Tengo aquí detenida a una persona que, en vez de pedir un abogado, reclama tu presencia en Scotland Yard.

—¿Quién es esa persona, William? —tartajeó Fry, logrando despejar los últimos vestigios de su sueño.

—Una joven muy elegante y hermosa. Se llama Belinda Godwin.

—¿Y de qué la acusan? —bramó Fry, ya totalmente despierto, aferrando con fuerza el teléfono.

—De complicidad en un homicidio o, cuando menos, de posible testimonio vital en un caso de asesinato. ¿Es suficiente eso?

—Maldita sea, claro que lo es. Belinda Godwin es cliente mía.

—Lo sé. Ella misma lo ha confesado ya. ¿En qué clase de lío andas metido?

—Hablaremos de eso cuando esté ahí. Aún no sé siquiera la clase de lio en que está metida ella. ¿Quién es el muerto?

—Un tipo de la mejor sociedad inglesa, Fry. Esto va a traer cola. Nada menos que lord Louis Caldwell. Ha muerto en su propia mansión de Kensington. Y ella, Belinda Godwin, estaba allí con el cadáver cuando llegó la policía. Bueno, con el cadáver... o con lo que quedaba de él, para ser exactos.

Fry notó una brusca crispación. Se puso rígido al indagar, brusco:

—¿A qué te refieres, Williams?

—Bueno, el cuerpo estaba mutilado... Muy mutilado. Y los restos que faltaban no se han encontrado aún...

—Entiendo. Es como... si lo hubieran devorado, ¿no? —habló Fry, excitado.

—¡Qué tontería! La casa de lord Caldwell es un edificio sólido, sin fácil acceso. No pienses en ese hipotético caníbal o animal salvaje de Chelsea. Tiene que ser una mutilación, simplemente.

—Eso, mi querido amigo... ya lo veremos —dijo ásperamente Fry.

Y colgó, ya sin vestigio de sueño en sus dilatados ojos brillantes, lanzándose a por sus ropas para partir lo antes posible rumbo a

Scotland Yard.

* * *

Esta vez, el forense de tumo era el joven doctor Stowell. Saludó cortésmente a Fry al reconocerle, estrechó la mano del superintendente Williams con cierta frigidez y luego levantó la sábana amplia que cubría los restos ensangrentados, en el salón de la suntuosa residencia de lord Louis Caldwell en Kensington Street, junto a Kensington Gardens. Su gesto reveló horror, pero también curiosidad extrema. Fry no le perdía de vista durante esa maniobra, mientras los sabuesos uniformados del superintendente Williams buscaban huellas e iniciales por toda la casa, y Belinda Godwin, pálida y llorosa, había vuelto a la escena de los hechos en compañía de ellos, desde las oficinas de Scotland Yard.

—Horrible —jadeó el joven doctor Stowell por todo comentario, antes de arrodillarse junto al cuerpo e iniciar el examen facultativo.

Fry se acercó lentamente a él, procurando no pisar los regueros de sangre seca que salpicaban la espesa alfombra del salón. Se inclinó, observando con un estremecimiento la ausencia de un brazo y una pierna del difunto, virtualmente arrancadas de cuajo, en medio de un lago sanguinolento.

—¿Usted qué cree, doctor? —preguntó.

Stowell levantó la cabeza, mirándole pensativo. No parecía muy decidido a dar una respuesta concreta.

—Horrible, ya lo dije —manifestó.

—Sí, pero ¿qué más?

—Es pronto para juzgar. Mutilaciones espantosas. Miembros arrancados de cuajo.

—¿Nada de cuchillos, bisturíes o hachas? —se interesó Fry,

—No lo parece. Los cortes son irregulares, brutales diría yo. Simples desgarros.

—¿Cómo... mordiscos? —sugirió Fry.

Stowell le miró fijamente. Puso un gesto de desagrado. Finalmente, agitó sus hombros con ambigüedad.

—No sé —dijo—. Es aventurado predecir nada. ¿Por qué dijo eso?

—Hablaremos de ello, doctor —suspiró el detective, apartándose de él—. En otro momento...

I-legó junto a Belinda. Se sentó a su lado, en una butaca tapizada de raso color granate oscuro, lomó las manos de ella en las suyas. La joven casi se puso a llorar.

—No entiendo nada —gimió—. Es cosa de locos, Fry.

—Cálmese —pidió él —. Dígame solamente lo ocurrido. ¿Conocía a lord Caldwell?

—En absoluto. Nunca le había visto antes de ahora... y hubiera

sido mejor no llegar a ello —gimió Belinda Golwin amargamente.

—Entonces... ¿qué hacía aquí? —demandó Fry, algo áspero.

—El me llamó.

—¿El? —el joven detective estudió a su cliente con atención —. ¿La conocía?

—No, tampoco...

—¿Entonces...?

—El superintendente lo sabe. El tiene el telegrama...

—¿Que telegrama? —quiso saber Fry, volviéndose a Peter Williams.

—Este, Fry —el superintendente le tendió un arrugado papel de telégrafos que sacó del bolsillo—. Vais a tener que explicar muchas cosas tú y tu cliente...

Clifford tomó el telegrama. Lo leyó, curioso. Estaba expedido en el propio Londres. No era muy extenso:

«Sé algo de un tal Jason Brooks. Quiero verla antes de que sea demasiado tarde. Venga a verme esta noche, a las 10 A.M. Dejaré abierta la puerta posterior de mi casa. No habrá servido. Lord Louis Caldwell.»

Cualquiera en Londres podía saber cuál era la residencia privada de lord Caldwell, si tenía interés en ello. Miré a Belinda, releí el telegrama y se lo devolví al superintendente Williams.

—¿Cómo supo que Jason Brooks existía, y que usted es su prometida? —se preguntó Fry en voz alta.

—No puedo imaginarlo. Pero, en cuanto lo recibí, me dispuse a acudir sin falta a ver a lord Caldwell. Y 9 las diez en punto estaba aquí. Como él dijera, la puerta estaba abierta.

—¿y... ?

—Llegué hasta esta habitación. Lo que vi era horrible. El balcón abierto, el cuerpo ahí tendido, tal como ustedes lo han podido ver... —tembló, cubriéndose el rostro con ambas manos—. Salí huyendo, dando gritos de terror, y un agente de patrulla me detuvo en la calle, en plena crisis histérica. Es todo lo que puedo relatarles.

—¿No había nadie en la casa, excepto lord Caldwell?

—No puedo saberlo. Lo cierto es que no oí nada ni a nadie... —se detuvo un momento y vaciló—. Bueno, es decir... si creo que oí algo.

—¿Oyó algo? —el superintendente la miró frunciendo su rojo ceño —. No dijo eso antes, señorita Godwin.

—No me había acordado de ello. Pero ahora, al volver aquí... me ha venido a la memoria. Era... era un sonido horrible.

—¿Qué clase de sonido? —trató de informarse Fry.

—No sabría definirlo. Era como un roce. Algo descolgándose por ahí —señaló el amplio balcón entreabierto.

Rápidamente, tras cambiar una mirada, Clifford Fry y el

superintendente Williams corrieron al balcón, asomándose al exterior. Un suspiro escapó de labios del policía. Negó con la cabeza.

—Imposible —rechazó—. Nadie podría entrar ni salir por aquí, Fry.

Clifford no respondió. Pero parecía estar de acuerdo con el hombre de Scotland Yard.

En efecto, lo que se veía desde allí difícilmente podía sugerir un merodeador capaz de escalar el muro en uno u otro sentido.

La mansión de lord Caldwell tenía planta baja y dos pisos más. Este era el último de ellos. Pero la existencia de un acentuado terraplén en el jardín, conduciendo a una especie de ancha zanja que circundaba aquel punto de la casa, convertía en un cuarto piso el lugar de la tragedia. Cuatro plantas de muro liso, sin fisuras ni comisas. Sólo una mosca, pensó Fry, podría llegar hasta allí sin problemas.

Enfrente, un alto seto separaba la casa de un estanque artificial vecino. Luego, jardines umbríos y un elevado muro de piedra con alambre de espino en lo más alto, convertía la mansión en una fortaleza inexpugnable.

—Imposible, señorita Godwin —dijo Williams, regresando a la estancia —. Nadie pudo entrar ni salir por ahí. Lo que escuchó en ese balcón no puede tener relación con este crimen, a menos que el asesino se ocultara en el exterior, esperando a su marcha.

—No, eso no —rechazó vivamente Belinda—, Las puertas del balcón estaban totalmente abiertas cuando yo encontré a lord Caldwell. Podía ver toda la extensión del mismo, y no había nadie ahí. El ruido, el roce o lo que fuese, provenía del muro, bajo el balcón.

Williams sacudió la cabeza, dirigiendo una mirada a sus hombres.

—¿Alguien tocó ese balcón desde que entramos aquí? —preguntó con voz tajante.

Todo fueron negativas enérgicas. Nadie había tocado nada. El superintendente contempló de nuevo a Belinda con gesto de escepticismo.

—Lo siento, señorita Godwin —expresó—. Debió equivocarse. Nadie ha tocado el balcón. Está tal como usted lo dejó al escapar de aquí dando gritos.

—Eso no es cierto —rechazó ella con energía —. Puedo jurarlo, superintendente.

Clifford. Fry había escuchado esas palabras desde el umbral del balcón sin intervenir. Ahora hizo una pregunta suave al policía:

—¿Quieres venir un momento, Williams?

El superintendente asintió, acercándose a él. Ambos hombres salieron de nuevo al exterior. Fry se asomó. Frotó sus dedos en la pared áspera y llana. Luego llevó la mano ante los ojos del policía, donde la luz de la sala era más intensa.

—¿Qué te parece esto? —indagó.

Williams estudió perplejo lo que cubría los dedos de su amigo.

—No sé —manifestó—. Parece baba... Algo viscoso y brillante.

—Eso es. ¿Qué hace una sustancia así adherida al muro?

—No lo sé ni me importa. No busco una sustancia, sino a una persona. Esa joven cliente tuya no parece culpable de algo tan horrendo, pero ella y tú me estáis ocultando muchas cosas que va siendo hora que yo conozca. ¿Quién es Jason Brooks? ¿Dónde está ahora?

—Eso lo vas a saber en seguida —suspiró Clifford —. Lo que yo me pregunto es qué puede ser esta... baba, como tú has dicho.

—¡Un momento! —sonó la voz del doctor Stowell, llamándoles desde la vecindad del mutilado cadáver del aristócrata—. Vengan aquí, por favor.

Fry y el superintendente se dirigieron hacia donde el médico forense examinaba con suma atención el cuerpo sin vida, ensangrentado e informe, de lord Caldwell.

—¿Alguna novedad, doctor? —se interesó Peter Williams.

—Es posible. Se trata de algo que no había advertido antes. Y que no logro entender qué podría ser exactamente...

Apartó la sábana. Fry se estremeció ante el cadáver mutilado, de miembros virtualmente arrancados de cuajo, en medio de un horrible destrozo. Pero sus ojos fueron inmediatamente a las manos del joven forense ayudante del titular, doctor Owens, en cuyos dedos aparecía algo parecido a una sutil membrana, unas brillantes hilachadas de algo que, a la claridad del salón, parecía viscoso y elástico.

—¿Qué es eso, doctor? —se sorprendió el superintendente. —Es lo que yo quisiera saber, señor —suspiró el médico, agitando aquella especie de sedosos hilos, adheridos como algo gomoso a su piel—. El cuerpo lo muestra en algunos puntos de su anatomía, especialmente allí donde hubo mutilación...

—Tiene apariencia babosa —comentó bruscamente Fry, arrodillándose junto al forense—. Como la sustancia del muro, Williams.

El superintendente frunció las cejas con expresión malhumorada. Fry le conocía bien. Cuando Williams se enfrentaba a algo que no entendía, habitualmente se mostraba de pésimo humor. Esta era una de esas veces.

—Tonterías —refunfuñó, encogiéndose de hombros—. Eso no tiene sentido, Fry.

Y se alejó, como sin dar importancia al descubrimiento médico. Fry permaneció junto al joven forense, estudiando aquellas hilachas gomosas de color gris oscuro.

—¿Usted qué piensa, doctor? —se interesó.

—Me gustarla poderle responder —el médico meneó la cabeza, limpiándose la mano cuidadosamente en un papel de seda, que guardó dentro de su pañuelo, antes de introducirlo en un bolsillo—. Haré que lo analicen en el laboratorio: No puedo aventurar nada, pero lo único que se le parece realmente es algo que he visto en otras ocasiones en casas viejas y abandonadas, aunque con grosor infinitamente más pequeño: una telaraña, señor Fry...

CAPITULO VII
CUATRO HOMBRES ASUSTADOS

—¿Quieren subir, por favor? Es sólo un momento...

Clifford Fry tuvo una primera impresión de sobresalto. La petición, más que como tal, le había sonado a velada amenaza. Pero no había el menor aspecto de agresividad en el hombre joven, sonriente, pálido y con aire de crápula que asomaba por la portezuela del carruaje tirado por dos caballos.

Estaba despuntando el día ante la casa de lord Caldwell, y las calles de Londres tenían ese aire entre fantasmal y melancólico que el amanecer neblinoso, frío y desapacible prestaba a la ciudad en las épocas otoñal e invernal especialmente. La niebla no había dejado de flotar sobre el pavimento durante toda la madrugada, y al pisarlo se notaba la resbaladiza pátina que la humedad depositaba en él, haciendo inseguro el paso.

Fry miró a su compañero, apretándole con fuerza el brazo que sujetaba ya antes de modo afectuoso y protector. Belinda Godwin no dijo nada, pero estudió con desconfianza los bultos humanos que se adivinaban más que se veían dentro del carruaje detenido ante ellos. El cochero, inmutable, se inclinaba en el pescante, como una figura decorativa.

—¿Quiénes son ustedes? quiso saber Clifford—. ¿Por qué debemos subir a su coche?

—Nadie va a causarles daño, señor Fry —sonrió el joven con cara de libertino, bajo el alto sombrero de peluche negro, con reflejos, envolviéndose en su macferlán igualmente negro, como si de repente hubiera sentido el relente del alba—. Es un ruego solamente. Y la posibilidad de que gane un buen puñado de guineas. ¿Qué dice a ello? Mi nombre es Archibald Faraday, y he tenido el honor de ser amigo de lord Caldwell desde hace muchos años. ¿Le convence eso?

—No sé —dudó Fry—lord Caldwell está muerto ahora. Asesinado en su casa. Y usted podría ser un asesino, señor Faraday.

—Sabemos eso —rió forzadamente el joven —. Pero le prometo que no tengo nada que ver en tan horrible suceso. Es más: deseamos todos nosotros 'que usted encuentre al culpable. ¿Se decide a subir?,

Fry se sentía intrigado. No tenía nada que perder. Sólo le preocupaba la seguridad de Belinda Godwin. Era la única testigo de la muerte de lord Caldwell, aunque pareciera no poder aportar muchos datos al efecto. Si aquel tal Faraday, cuyo nombre le era familiar en relación con muchos escándalos sociales londinenses, tenía algo que ver en el horrendo crimen, ella podía peligrar.

—Está bien —dijo, recordando que llevaba encima su revólver bien

cargado—. Subiremos. Pero nos disponíamos a ir primero a casa de esta señorita, y luego a la mía propia.

—Les dejaremos a ambos en sus lugares respectivos —prometió el joven de aspecto disoluto—. Suban, por favor.

Se abrió la portezuela. Belinda tuvo una duda. Los dedos de Fry la apretaron cordialmente el brazo.

—Sígame a mi —susurró en voz baja—. Voy armado. No tiene nada que temer.

Ella le obedeció sin rechistar. El carruaje era amplio. Cuatro hombres lo ocupaban, dos

en cada asiento. Uno se pasó junto a otros dos, y Fry pudo acomodarse con Belinda, aun que muy justo, al lado del tal Faraday. Este dio un golpe en la pared con el mango de plata de su bastón, y el cochero arrancó. La voz del joven ordenó:

—Obedece al señor Fry, James. Dirígete adonde él indique.

Clifford dio las señas de Belinda y se acomodó lo mejor posible en el asiento. Miró a los otros hombres, puesto que ya había visto sobradamente al joven Archibald Faraday.

Los demás tenían aspecto más respetable que él. Uno era enjuto, al parecer algo achacoso, de pelo blanco y nariz ganchuda. El segundo, de cabellos algo rojizos, ojos agudos y muy azules, bigotes marciales, de guías erectas, rostro bronco y algo duro. Finalmente, el otro individuo era gordo, algo fofo, risueño y de rostro rubicundo, si bien se advertía en su faz de apariencia amable una cierta sombra de preocupación.

Todos ellos vestían impecablemente. La luz del amanecer, lívida y fría, arrancaba destellos a objetos de oro y hasta a piedras preciosas que los viajeros del carruaje llevaban consigo.

Rodaron en silencio unos momentos. Fry dejó de estudiar a sus compañeros de recorrido para volverse a contemplar de nuevo a Archibald Faraday. El joven de rostro demacrado sonreía. Tenía ojos ligeramente enrojecidos. Su aliento olía a whisky cuando habló:

—¿Satisfecho, señor Fry?

—Sólo en parte —admitió éste con cautela—. ¿Cómo saben mi nombre? ¿Quién les dijo lo ocurrido en casa de lord Caldwell?

—Por favor, señor Fry, estamos bien informados. Somos gente importante en esta ciudad. Muy importante. Tenemos amigos en la policía que nos telefonean ciertas cosas. Sabemos que la señorita es Belinda Godwin, que su prometido, Jason Brooks, desapareció misteriosamente. Y que usted, Clifford Fry, es detective privado y la tiene por cliente.

—¿Qué más saben?

—No mucho más —suspiró Faraday—. Todos éramos amigos de lord Caldwell. Pero no sabemos por qué envió aquel telegrama a la

señorita Godwin.
—¿También conocen la existencia del telegrama?
—Ya le dije que estamos muy bien informados —rió suavemente Faraday, haciendo un gesto ampuloso—. He interrumpido una grata fiesta íntima por culpa de estos caballeros que vienen con nosotros. Todos desconocemos cómo llegó lord Caldwell a interesarse por un simple profesor de literatura y contable en sus horas libres, llamado Brooks, ni por qué deseaba ver con tal urgencia a la señorita Godwin. Pero sabemos cómo ha muerto. Y eso sí nos preocupa a todos. Es más: nos asusta, señor Fry.
—¿Asustarles? —Clifford volvió a mirarles uno a uno. Todos asintieron con la cabeza, en silencio. El joven detective miró indiferente las calles en la neblina gris y sucia de la mañana, desfilando por las ventanillas del carruaje. El olor sulfuroso de aquella insoportable mezcla de bruma y hollín, casi le hizo toser. Se contuvo, añadiendo una suave pregunta —: ¿Qué es lo que les asusta, señores?
—El pasado —dijo sordamente Faraday.
—¿El pasado? —repitió Fry como un eco.
—Voy a hacer las presentaciones. Tenemos que confiar en alguien, señor Fry, aunque ese alguien sea un detective particular de ínfima categoría, radicado en una sórdida oficina de Craig's Court.
—Muy amable —dijo Fry, sarcástico.
—Perdone si le ofendo. Acostumbro a ser un cínico desagradable. No busco su simpatía, sino sus servicios. Y estos caballeros también. Aquí tiene a sir Spencer Ashbum —señaló al hombre canoso, de halconada nariz—, al coronel Brian Woodcoock —aquí el pelirrojo caballero de los bigotes castrenses—, y al duque de Nordham, de nombre Charles —terminó con el hombre gordito y afable. Ellos y yo formamos lo que queda de Los Cinco.
—¿Los Cinco? —Fry enarcó las cejas.
—Antes fuimos Los Seis —rió Faraday huecamente, como quien recita una esquela mortuoria —. Pero de eso hace mucho tiempo. Más de diez años. Y fue lejos de aquí. Muy lejos de la metrópolis, señor Fry.
—¿En Nueva Zelanda? —preguntó ingenuamente Fry.
Hubo una pequeña pero intensa conmoción a bordo del carruaje. Todos los hombres lanzaron alguna imprecación o cambiaron murmullos excitados entre si, mirando con aire aturdido y perplejo al detective. El joven Faraday, cuyo depravado rostro enjuto y lívido recordaba vagamente al héroe de Oscar Wilde que tanto escandalizara a Londres años atrás[7], mostró su estupor y admiración al clavar sus ojos negros en el investigador, mientras un mechón de pelo negro barría con descuido su ancha frente.

—Veo que es más listo de lo que imaginaba, señor Fry —comentó fríamente—. Tendré que retirar eso de la «ínfima categoría», sin duda. ¿Cómo llegó a esa conclusión?

—No es difícil —Fry se encogió de hombros—. Un hombre de Nueva Zelanda llamado Dunadin se relacionó con la desaparición de Jason Brooks. Posteriormente, lord Caldwell trata de entrevistarse con Belinda Godwin para hablarle de Brooks, y muere de forma extraña, ferozmente asesinado y mutilado. Igual que una prostituta recientemente muerta a las orillas del Támesis. En ambos casos, los miembros mutilados no fueron hallados, y las mutilaciones parecen obra de una bestia feroz... o de un caníbal. ¿No había caníbales en Nueva Zelanda cuando ustedes estaban allí, señor Faraday?

Este resopló, hundiéndose en el asiento, incapaz de responder en seguida. Había perdido todavía más el color, siendo en estos momentos lo más parecido a un cadáver que viera Fry en toda su vida. Los demás silenciosos viajeros del carruaje no parecían en mucho mejor estado.

—Me rindo —jadeó Faraday, abriendo sus manos en expresivo ademán —. Es usted infinitamente mejor de cuanto imaginaba. Ocúpese de nuestro asunto, por favor.

—Lo siento —dijo Fry gravemente—. Tengo ya un cliente.

—¿Quién?

—No es norma mía revelar el nombre de mis clientes.

—¿Le pagan por encontrar al asesino de lord Caldwell, acaso?

—No, eso no. Es otro asunto: debo hallar a Jason Brooks.

—En tal caso, no existe incompatibilidad con esto. Ocúpese de nuestro asunto: busque al asesino de lord Caldwell. Si lo encuentra, habrá ganado mil guineas, señor Fry.

—¡Mil guineas! —el joven detective resopló, aturdido—. ¿No es demasiado dinero?

—No hay dinero que valga más que la propia vida —tercié con voz firme el militar de bigotes rojos y erectos—. El señor Faraday habla en nombre de todos: mil guineas. Ni una menos. Para empezar, si acepta, le daremos doscientas guineas y cincuenta para gastos. ¿Qué dice?

—Me aturden, coronel Woodcoock —jadeó Fry—. Nunca cobré más allá de treinta o cuarenta libras por un asunto.

—Ahora serán mil guineas más todo gasto que surja, debidamente justificado. Responda.

—Un asesinato es cosa de la policía... —objetó débilmente Fry.

—¡Al diablo la policía! —rezongó malhumorado el duque de Nordham, revelando por vez primera disgusto en su mofletudo rostro —. Soy amigo íntimo del jefe superior de policía de esta ciudad. Y él es un perfecto imbécil. No, no me fío de la policía. Todos estamos de

acuerdo, y más después de haberle oído, señor Fry. Trabaje para nosotros. Si tiene problemas con esos idiotas del Yard, lo arreglaremos.

—Bien —suspiró Clifford —. Mil guineas significan demasiado para mí, aunque no sean apenas nada para ustedes cuatro. ¿Qué otra cosa puedo hacer sino aceptar?

—¡Bravo! —aprobó Faraday, echando mano a su cartera. La extrajo repleta de billetes nuevos y crujientes. Contó un puñado de ellos, como Fry jamás los había visto juntos en su vida, y los tendió al detective—. Doscientas cincuenta guineas. Empiece en seguida. Sé que lo puede conseguir, Fry. Usted, sir Spencer, déle, por favor, esos documentos al señor Fry. Eso nos evitará largos y pesados detalles.

El achacoso caballero de pelo blanquísimo y nariz de halcón rebuscó pesadamente con manos sarmentosas, tocadas sin duda por la artrosis, dentro de su impecable levita gris. Cuando las tendió a Fry, llevaba entre ellas un grueso legajo de folios escritos.

—¿Qué es esto? —quiso saber Fry, curioso, tomándolo.

—Una vieja historia de horror y de muerte en Nueva Zelanda, hace diez años —explicó pesadamente Faraday, mirando en torno como si tuviera miedo de algo intangible y atroz, perdido en la bruma matinal de Londres—. Lea con detalle lo ahí escrito y sabrá por qué estamos asustados todos. Luego, inicie su tarca. Si tiene alguna duda, llámenos a cualquiera de nosotros. Estaremos a su entera disposición.

Le tendió cada uno su tarjeta en silencio, Fry tampoco habló al recogerlas, como si cumpliera una extraña ceremonia. Belinda veía y oía todo aquello como si asistiera a algo que jamás había imaginado vivir. Evidentemente, los acontecimientos la estaban rebasando de largo.

—Bien, caballeros —suspiró Fry—. Creo que estamos llegando a casa de la señorita Godwin. Pueden dejarnos aquí. Yo tomaré otro carruaje para mi casa.

—Como guste —aceptó Faraday—. Pero cuídese mucho.

—¿Por qué dice eso? —Fry se volvió a él vivamente, con gesto pensativo.

—Por nada en concreto. Pero un hombre llamado Jason Brooks, que nada tuvo que ver con nosotros jamás, ha desaparecido y, tal vez, esté ya muerto. Eso significa algo; todo el que se relaciona con este asunto puede peligrar. No lo olvide, Fry.

—Procuraré tenerlo en cuenta —el carruaje se detuvo en ese momento. Abrió la portezuela, ayudando a bajar al empedrado húmedo y resbaladizo a su joven compañera. Luego descendió él, mirando a los cuatro ocupantes del coche —. Buenos días, caballeros. Confíen en mi.

—Esté seguro de ello. De otro modo, no le hubiéramos elegido —

sonrió Faraday, agitando una mano delgada, pálida y sensitiva—. Ah, una última cosa, Fry. Sabemos el nombre del asesino de lord Caldwell y, posiblemente, de esa pobre ramera que usted citó.

—¿Qué? —parpadeó Clifford Fry, estupefacto.

—Su nombre es Sigmund Stern. Profesor Sigmund Stern. Pero no le servirá de nada saber ese nombre, Fry, no se haga ilusiones. El está aquí ahora, en Londres. Va a matarnos a todos nosotros. Pero ¿quién sabe bajo qué identidad?

El carruaje se alejó, tras cerrarse !a portezuela. A Clifford Fry le costó unos momentos rehacerse y tomar a Belinda nuevamente por el bra20. para escoltarla a través de la calzada desierta, entre la niebla, camino de la puerta de su casa.

CAPITULO VIII
CANIBALISMO

—¿Sigmund Stern? No, su nombre no me dice nada. ¿Quién es?

—Según Archibald Faraday, un joven vicioso y libertino, muy conocido en las noches del gran Londres, y de quien se dice que, siendo todavía un muchacho, ya figuraba en las orgías privadas que montaba nuestro Muy Regio Eduardo VII de Inglaterra; es el hombre responsable de la muerte de lord Caldwell, de la de la ramera hallada junto al Támesis... y posiblemente de la desaparición de Jason Brooks.

—¡Eso no tiene sentido! —rechazó Belinda, perpleja, mirando con asombro al detective—. Nunca oí hablar de él a Jason...

—Posiblemente, Jason nunca supo nada de Sigmund Stern. Al parecer, es el hombre que se ocultaba tras alguien llamado Dunedin, que vino de Nueva Zelanda, contrató a Brooks para algo misterioso y luego fue hallado muerto, al parecer, de modo accidental.

—¿Otro crimen?

—Casi seguro. Tenemos, por tanto, a un tal Sigmund Stern, profesor Sigmund Stern, para ser exactos. Según Faraday, el responsable de todo.

—¿Y para qué podía necesitar él a Jason?

—Esa es una de las preguntas sin respuesta —suspiró Fry, agitando el manuscrito que le entregara la noche anterior sir Spencer Ashburn en el carruaje donde viajaban los cuatro prohombres de la alta sociedad londinense —. Aquí, sin embargo, existen ya algunas al respecto, aunque no demasiado claras todavía. ¿Quiere conocerlas?

—Me citó para eso en su oficina, ¿no es cierto? —preguntó Belinda.

—Claro —Fry dirigió una mirada pensativa a mugre que, pese a sus esfuerzos por adecentar el recinto de Craig's Court que había hecho momentos antes de llegar su cliente, les rodeaba por doquier —. Es un documento curioso. Curioso y horrible a la vez. Puede que altere su sensibilidad, ya bastante dañada por lo de anoche...

—Es igual. Pese a ello, creo que podré soportarlo.

—Bien. Entonces, vamos allá. Yo mismo se lo leeré. Es un poco farragoso y he acotado una serie de párrafos tan densos como inútiles, en mi afán de aligerarlo lo suficiente para que no pierda el sentido ni la cohesión. Escuche, por favor. El relato está escrito por el propio sir Spencer Ashburn, aunque dudo que lo haya podido terminar él mismo. La parte inicial está trazada con letra temblorosa y desigual. El final, tiene trazos más seguros y un tanto distintos a los de sir Spencer. Pero en fin, el hecho es el mismo. Esta es la historia de un

puñado de ingleses en una tierra salvaje y lejana, llamada Nueva Zelanda, hace exactamente diez años, en pleno reinado de nuestra inolvidable Reina Victoria...

Había una cierta nota de ironía en la voz de Clifford Fry que no le pasó desapercibida a Belinda Godwin. Pero no hizo comentario alguno, permitiendo que el joven detective privado iniciase la lectura de lo que, pomposamente, figuraba escrito en la primera página del legajo, como...

LA HORRENDA E INCREIBLE AVENTURA DE «LOS SEIS AMIGOS»

EN LAS SALVAJES Y FEROCES TIERRAS DE NUEVA ZELANDA.

El mayor del Ejército de Su Majestad Británica, sir Spencer Ashburn, el joven teniente Archibald Faraday, amigo personal del príncipe Eduardo, hijo de la Reina Victoria, y por ende heredero del trono de Inglaterra, el coronel Brian Woodcock, el representante de Su Graciosa Majestad británica en Wellington, Duque de Nordham, el agregado británico de las Colonias y el Ejército real, lord Louis Caldwell, con título honorífico de capitán de lanceros, y el profesor Sigmund Stern, ciudadano inglés de origen austríaco, entomólogo notable y asesor territorial para maniobras de la guerra de guerrillas en las Colonias oceánicas, eran «Los Seis Amigos», como se les conocía en Wellington. Gente con espíritu de camaradería, carácter cordial y total desprecio hacia el peligro que representaban las revueltas nativas, eran conocidos por su jovialidad, ruidosa alegría y buen espíritu de soldados

En algunas ocasiones, por las peculiares características de cada uno de ellos, habían formado patrullas especiales de reconocimiento en torno a los destacamentos y poblados instalados por los británicos en la isla, evitando ser atacados por los nativos, siempre belicosos y agresivos.

Ultimamente, según rumores, había surgido un nuevo peligro en las proximidades de Dunedin, la población donde residían en numerosos momentos de la campaña de pacificación emprendida por las tropas contra los neozelandeses rebeldes: la existencia de una tribu reducida pero temible, formada por nativos fanáticos, entre cuyos ritos ancestrales, mitad religiosos, mitad guerreros, entraba el canibalismo.

Cuando atacaban y vencían a un enemigo, aunque fuese de otra tribu nativa, acostumbraban a devorar sus cadáveres para, según ellos, posesionarse de las virtudes guerreras y personales del adversario vencido. Eso, unido al odio instintivo al hombre blanco, había hecho que algunos soldados británicos, extraviados en las junglas neozelandesas, terminasen fatalmente en sus festines horripilantes y rituales.

El profesor Stern, además de asesorar a los soldados ingleses en

la lucha selvática contra toda clase de enemigos indígenas, como buen conocedor de las regiones, poseía una granja donde residía con su esposa Karin y su hija Sally, de once años, en los limites mismos de Dunedin con la jungla. Un nativo servidor suyo, salvaje y analfabeto de quien muchos aseguraban que perteneció originariamente a una de esas reducidas tribus caníbales, recibía el nombre de Dunedin, como la población donde vivían, y cuando aprendió a leer, gracias al profesor Stern, se hizo tatuar el nombre en la piel para no olvidarlo jamás. Parecía un siervo fiel, capaz de dar la vida por su patrón, y nadie temía nada de él.

En una ocasión, el destacamento recibió la orden de terminar con la tribu caníbal, cuyo emplazamiento en la región selvática parecía perfectamente localizado por los observadores militares ingleses. El profesor Stern estuvo de acuerdo con esos datos cuando le consultó el coronel Woodcock y se decidió e! ataque contra los religiosos y minoritarios nativos.

El ataque se inició con gran despliegue de fuerzas y medios. Pero resultó un absoluto fracaso. La mayor parte de los efectivos militares fueron exterminados por las flechas y lanzas nativas, empapadas de venenos vegetales que sembraron te muerte o la parálisis en los infortunados soldados de Su Majestad.

El repliegue hacia Dunedin fue tan desordenado como tumultuoso. No podía decirse que la campaña para erradicar o exterminar a los peligrosos caníbales diese demasiados buenos resultados. Frente a cada víctima de los nativos, se podía contar casi una decena de soldados ingleses muertos o inutilizados. No era, ciertamente, un saldo optimista.

Pero se intentaría otro ataque porque, aparte la necesidad de eliminar a tan molesto enemigo, la obstinación y el orgullo británicos habían sido seriamente heridos con aquel revés. Y así, reuniendo tropas dispersas de la guarnición, con muy escasa moral, el coronel Woodcock cometió su segundo error en pocos días: volver al ataque, para acabar con los nativos a cualquier precio. Sigmund Stern, como consejero experto, le avisó reiteradamente del gran error que suponía tal medida, así como de lo poco o nada probable de que los caníbales neozelandeses se dejasen guiar por la confianza, pensando en que tras el revés de los británicos, podían ser difícilmente atacados de nuevo. Si algo no dominaban los nativos, era la lógica occidental, y esa baza jugaba con las ideas estratégicas de un obstinado militar inglés.

Sin embargo, no pudo negarles su apoyo. El coronel Woodcock, previsor, tomó la única medida acertada de toda la operación: solicitar de la guarnición de Wellington refuerzos urgentes para una tercera y definitiva oleada que terminase con la amenaza oculta en la jungla.

Y con los mejores ánimos se lanzaron al ataque...

* * *

Fue el segundo gran desastre en menos de treinta y seis horas.

Los caníbales, pequeños y escurridizos, que no entendían de tácticas militares aprendidas en lejanas academias de rancia estirpe, esperaban alerta el posible ataque inglés, y volvieron a exterminar a sus audaces y nada precavidos enemigos, causando una segunda y triste masacre, de la que sólo «Los Seis» y un puñado de no más de nueve o diez atemorizados soldados, pudieron escapar a duras penas, teniendo que refugiarse en el único lugar posible donde hacerse fuertes y, como mínimo, dominar a sus perseguidores enfurecidos: la propia granja del profesor Sigmund Stern, repleta de sus animalitos de experimentación, vivos o muertos. Y, naturalmente, con su esposa Karin, su hija Sally y su fiel y nada hablador Dunedin.

Los nativos caníbales no retrocedieron ni cejaron en su cacería de supervivientes, contradiciendo de nuevo de nuevo con su rara lógica natural las previsiones castrenses del abatido coronel Woodcock. Solamente el teniente Archibald Faraday se permitió un comentario jocoso, entre amargo e hiriente, cuando observó el cerco en torno a la granja:

—No sólo hemos perdido la batalla, sino que podemos perder la vida, encerrados en este lugar. ¡Para que luego nos levanten un monumento en Londres, dedicado a los héroes de Nueva Zelanda! No sé si los idiotas seremos nosotros... o los que levanten ese monumento.

—Será mejor que se calle, teniente —dijo el coronel, irritado, en ese punto—. Y recuerde que es una orden, no un concejo.

Se cumplió la disciplina. Pero eso no parecía arreglar demasiado las cosas allá fuera. Dunedin se mostraba sombrío, y ése era un mal síntoma. El conocía mejor que nadie a sus hermanos de raza e intuía que aquello no podía terminar bien.

—Tendremos que salir de la granja e intentar cubrir la milla que nos separa de Dunedin a través de la jungla —dijo en cierto momento el profesor Stern —. Es la única posibilidad de salvación. Me temo que terminen incendiando esto y cazándonos con sus malditas flechas envenenadas...

La idea no era precisamente para levantar la moral de nadie, pero peor era quedarse allí a esperar lo irremediable. Al llegar la noche, todos comprendieron que los nativos apostados allá fuera esperarían hasta cuando les pareciese bien, y entontes atacarían sin remedio.

De modo que, puesta la idea a votación, se decidió intentar la retirada. Los soldados formarían la línea de protección para el repliegue. Faraday hizo un comentario inoportuno sobre el hecho de

que el soldado estaba siempre para eso, para ser carne de cañón y permitir que se salvaran sus superiores, y recibió una reprimenda dura el coronel, con la amenaza de una fuerte sanción cuando llegasen a Dunedin... si llegaban.

Y la retirada se inició en plena noche, pensando que era el mejor momento.

Si fue un error, ése resultó colectivo. Lo más probable es que fuese un acierto de los nativos esperarles a que realizaran semejante maniobra... y caer sobre ellos cuando estaban demasiado lejos de la casa para volver a ella.

Los caníbales lanzaron una oleada contra el edificio de la granja entomóloga, y otra contra los fugitivos, que eran exactamente nueve: «Los Seis Amigos»» Karin y Sally Stern, Y el fiel Dunedin.

Los soldados apostados en la granja duraron un suspiro.

Cuando allá lejos cesó el ruido de fusilería, los que huían ce detuvieron un momento, mirándose desalentados en la oscuridad frondosa de la jungla. Todo había terminado allí. Ahora sólo dependían de si mismos. Y tenían casi sobre sus talones al otro grupo de enemigos.

—¡Dios nos asista, corran todos, y corran cuanto puedan! —bramó el coronel Woodcock, sin el menor aire castrense en su tono—. ¡No existe otra posibilidad de salvación!

Eso ya lo sabían todos. Echaron a correr como locos. Alrededor de ellos, los crujidos de la negra selva podían significar sólo roces y movimientos de hojarasca... o la presencia oculta y terrible de los feroces nativos, prestos a caer sobre ellos.

Por fortuna, tanto Karin como su hija eran personas habituadas a practicar deporte y darse largas carreras por la región. Agiles y esbeltas, podían correr tanto o más que los hombres uniformados a quienes acompañaban.

Sin embargo, nadie podía pensar en las trampas.

Los habilidosos y endiablados caníbales habían trabajado activamente durante las horas anteriores. Sabían o intuían por dónde correrían los fugitivos, camino de la población cercana. Y pusieron las trampas...

Eran zanjas abiertas en las sendas de la selva, cubiertas luego con cañas y ramajes. Se podían usar para cazar animales salvajes. Pero esta vez iban a ser usadas para cazar hombres.

O, mejor dicho, mujeres...

Karin y Sally fueron las víctimas. No porque fuesen menos diestras en la carrera que los hombres. Sencillamente, porque tomaron por un atajo tras ellos, entre una densa arboleda. Y los nativos habían pensado también en el atajo.

Mientras ellos salvaban varias de las zanjas, al advertirlas Stern o

el teniente Farady, Karin y Sally tuvieron la mala fortuna de topar con una mejor hecha, más difícil de localizar y prever. Y cayeron en ella.

El doble grito de las mujeres frenó un momento al grupo. Los cabellos de Stern se erizaron.

—¡Karin! ¡Sally! —aulló—. ¡Oh, no...!

—¡Vamos, no puede detenerse! —rugió Spencer—. ¡Nos cazarán a todos sin remedio!

—¡Son mi esposa y mi hija! —bramó el profesor, exasperado, iniciando el retroceso.

—¡Espere! —le atajó ásperamente el Duque de Nordham, aferrándole por un brazo —. ¡No cometa locuras! ¡Están a punto de cazarnos a todos! ¡Cinco o diez segundos más aquí, y ninguno tendremos remedio!

—Yo veré lo que pasa —dijo serenamente Faraday—. Ustedes, sigan corriendo.

—¡No! —protestó—. ¡Es asunto mío! ¡Yo debo...!

Faraday no vaciló. Conectó un tremendo, repentino derechazo, al mentón del profesor Stern. Este se desplomó en brazos de los demás. Dunedin miró amenazador al joven. Este alzó un brazo.

—Compréndelo, amigo —dijo—. No podemos dejar que vaya a morir estúpidamente. Carguen con él y sigan huyendo. Yo veré lo que les ocurre a ellas...

Y sin esperar respuesta, fue a hundirse entre los arbustos para comprobar lo que sucedía. Pronto se dio cuenta, con un escalofrío, de que no había remedio alguno.

Más de una veintena de nativos armados con lanzas, arcos y flechas, rodeaban el hoyo abierto en el suelo, desde cuyo fondo llegaban los gritos desesperados de las dos mujeres apresadas. Era empresa de locos intentar nada. Los nativos acribillarían al insensato que lo pretendiera, aun antes de estar a diez yardas del lugar del suceso.

Rápido, regresó junto a los demás, alcanzándoles cuando ya vislumbraban las empalizadas de la población de Dunedin en la distancia, así como las luces de los puestos de centinela. Entre el nativo Dunedin y lord Caldwell llevaban el cuerpo inerte del profesor Stern.

Todos le miraron acongojados. Faraday se limitó a menear la cabeza de un lado a otro.

—No hay nada que hacer —jadeó roncamente—. Pobre- cillas... Cayeron en una zanja... Las tienen rodeadas. Dios las ayude...

Hubo un profundo, trágico silencio. Luego, siguió la carrera.

En algunos momentos llovieron flechas desde la espesura, pero por fortuna no llegaron a alcanzarles. Las empalizadas de Dunedin, y los disparos que la guarnición, escasa pero atrincherada, hacían

desde allí, evitaron males mayores y, finalmente, pudieron verse a salvo dentro del recinto fortificado de la población.

Pero antes de verse a salvo, todos ellos pudieron oír. llenos de horror y con un profundo escalofrío recorriendo su espina dorsal, los alaridos atroces, espeluznantes, de dos gargantas de mujer, quizá cuando eran sometidas a descuartizamiento para luego ser devoradas...

El profesor Sigmund Stern, que volvía en sí en aquellos momentos, exhaló un grito ronco y forcejeó ferozmente, con energías sobrehumanas, entre los componentes del grupo que le transportaban, intentando llegar de nuevo hasta su esposa e hija.

Cuando el coronel Woodcock le golpeó en la nuca con la culata de su revólver, para abatirlo si sentido, la espuma bordeaba sus labios crispados, y una mirada demencial se perdía, vidriosa, en la hondura de la trágica selva donde los caníbales tenían ya su trágico festín...

—¡Dios mío! —suspiró el coronel, lívido, mirando al inconsciente profesor, tendido a sus pies—. Imagino lo que sentiría este pobre amigo... Es para volverse loco.

Y no le faltaba razón.

En aquel preciso momento, tal vez, el profesor Stern se había vuelto loco.

* * *

La batida de las tropas de refuerzo llegadas desde Wellington fue fructífera.

La tribu caníbal, sorprendida esta vez por fuerzas superiores y bien entrenadas, fue exterminada sin piedad, hasta que sólo un puñado de nativos escapó, refugiándose en una loma de difícil acceso, recubierta de frondosa espesura.

Entonces, se descubrió el robo de dinamita del polvorín militar y un soldado dio el alto al ladrón, disparando luego al no ser atendido. No se sabía si había herido al fugitivo, pero éste desapareció con la dinamita y el soldado aseguró que se trataba de un civil, no de un militar. Pronto se descubrió la desaparición del profesor Stern del centro militar hospitalario donde había sido recluido víctima de un fuerte shock.

Un destacamento fue enviado en su busca a lo más hondo de la jungla. Sus huellas conducían directamente a la colina donde se refugiaban los escasos supervivientes de la tribu caníbal.

Antes de alcanzar la zona ocupada por los peligrosos nativos, tuvo lugar la explosión. Fue violenta, poderosa. Desgajó árboles enteros y barrió una zona de selva, en medio de una densa humareda. No quedó un solo superviviente, según comprobaron los soldados ingleses en su rastreo posterior, los últimos caníbales habían muerto

en la explosión. Abundantes cartuchos de dinamita habían sido utilizados.

Ni el menor rastro del profesor Stern fue hallado en aquel lugar. Tal vez era una víctima más del holocausto vengativo que él mismo provocó. Al regreso del destacamento militar a Dunedin, una última sorpresa esperaba al coronel Woodcock, jefe de la expedición.

Sigmund Stern, al huir, había dejado un mensaje en el hospital, que el Duque de Nordham había cuidado de mostrar a todos sus compañeros.

El escrito, con la letra del profesor en entomología, era breve y escalofriante:

«Voy a vengarme de esas miserables ratas carnívoras. Pero si salgo con vida de ello, no bastará. Vosotros dejasteis que muriesen y fuesen festín de esos salvajes mis amadas Karin y Sally. Sois todos unos cobardes. Y pagaréis por ello. Alguna vez es posible que alguien os devore a vosotros, en justo castigo. Me ocuparé de ello, si vivo lo suficiente. Tenéis mi palabra. Sigmund Stern.»

Pero como no había la menor traza de que el profesor Stern estuviese vivo todavía, el desgraciado incidente se fue olvidando.

Hasta que diez años más tarde, en la metrópoli, muy lejos de las tierras salvajes de Nueva Zelanda, el fantasma del pasado había resucitado, para horror de todos...

CAPITULO IX
SINIESTRA TELA DE ARAÑA

Tras la lectura de aquel espantoso documento, un silencio profundo y helado cayó sobre ambos. Belinda Godwin estaba pálida, demudada. Miró con angustia a Fry.

—Es... es algo espantoso —gimió.

—Si, lo es —admitió Clifford Fry con un suspiro, cerrando el legajo cosido con cordel negro y depositándolo sobre su mesa con lentitud —. De no estar avalado por esos hombres, yo diría que es una vulgar novela de aventuras con un final macabro. Pero sabemos que es cierto. Y que, posiblemente, Sigmund Stern no murió entonces. Y está aquí ahora, en Londres, cumpliendo su promesa de vengar el trágico fin de su familia.

—¿Cree usted que ese hombre pudo sobrevivir y guardar su rencor tantos años?

—El suceso alteró su equilibrio mental. Un loco es capaz de todo.

—¿Incluso de castigar a quienes no tienen culpa? De haber vuelto atrás, hubiesen simplemente ampliado el número de víctimas, sin poder salvar con ello a la hija del profesor.

—Eso lo sabemos nosotros, pero no él. Recuerde que es un enfermo mental y obra como tal. Pero los locos son astutos e inteligentes. Stern es un hombre culto y ello le hace doblemente peligroso. Además...

Se interrumpió. El teléfono estaba sonando en el muro. Se incorporó, descolgándolo, y aplicó la negra bocina a su boca.

—¿Sí? —dijo—. Clifford Fry al habla.

Escuchó, sintiendo repetidas veces con la cabeza. Sus ojos brillaron. Se puso rígido. Belinda observaba curiosa sus reacciones. Finalmente, Fry habló con voz ronca:

—¿Está totalmente seguro, doctor Stowell? Sí, gracias...

Colgó. Lentamente, regresó a su asiento. Se dejó caer en él con pesadez. Belinda continuaba mirándole, a la espera de alguna aclaración. Fry informó despacio:

—Era el departamento forense. Había una sustancia rara en el cadáver de lord Coldwell y en el muro de la casa, ¿recuerda? —ella asintió—. Bien, pues ya lo han identificado en los análisis.

—¿Y... ?

—Era una sustancia sedosa que segregan determinados animales: las arañas.

—¿Qué? —jadeó Belinda, asombrada.

—Sólo que, en este caso, se tendría que tratar de hilos de una araña enorme, gigantesca, a juzgar por el volumen de los hilos

sedosos encontrados allí...

* * *

El carruaje conducía a Clifford Fry a la dirección indicada al cochero. Esperaba que la persona a quien iba a visitar pudiese informarle más ampliamente sobre las actividades científicas del profesor Stern en Nueva Zelanda diez años atrás. Sólo sabía de él que era un excelente entomólogo y que, en su destruida granja cercana a la población a la población de Dunedin, había conservado especies notables de insectos tropicales, vivos o muertos, para el estudio de su especialidad.

Ahora necesitaba saber algo más. Una idea alucinante y demencial le había asaltado apenas tuvo noticias del resultado del análisis de la sustancia gomosa hallada en el escenario del crimen. Pero era solamente una teoría que, sin dada Scotland Yard rechazaría indignadamente como un delirio sin sentido. Necesitaba pruebas, evidencias, que reforzasen su criterio. Y si alguien había conocido bien a Stern, a juzgar por el escrito que le facilitaran «Los Cuatro» —lo que quedaba de «Los Seis» en la actualidad—, ese alguien, sin duda alguna, era el artrítico y achacoso sir Spencer Ashburn, el hombre que comenzó a escribir la lúgubre historia de lo ocurrido en Nueva Zelanda.

El carruaje avanzó en la tarde brumosa y fría de Londres, agitada en ocasiones la niebla por un viento racheado y glacial, y otras veces perforada por una lluvia menuda y helada, que iba conviniendo el empedrado urbano en una pista resbaladiza y peligrosa para las ruedas de los vehículos.

Durante todo el día había estado dedicado, tras su entrevista a mediodía con Belinda Godwin en su despacho, a la búsqueda de datos científicos sobre entomología y también sobre la personalidad del profesor Sigmund Stern, desaparecido oficialmente diez años atrás. Tenía algunos informes, no demasiados, para salir de dudas. Quizá tuviera más fortuna con sir Spencer.

El vehículo se detuvo frente a la mansión de sir Spencer Ashburn, situada en una inmejorable zona residencial de las vecindades de Regent's Park, a pocas manzanas de Marylebone. En aquella parte de la ciudad, los faroleros habían encendido ya las mechas de gas de las farolas de alumbrado público, a causa de la creciente oscuridad que la bruma y el ciclo sombrío iban extendiendo sobre Londres.

—Puede irse —dijo, pagando la carrera al cochero—. Hay una parada de carruajes en Park Crescent, no lejos de aquí.

El conductor asintió, poniendo en marcha el vehículo tirado por caballos, que se sumergió en la niebla, mientras Fry subía los escalones que conducían a la puerta de la residencia, a cuya espalda,

una alta verja rodeaba el jardín privado, casi confundiéndose su frondosidad con la del propio Regent's Park.

Alzó el pesado aldabón de bronce y golpeó con él por dos veces.

Esperó unos momentos. Estaba a punto de llamar de nuevo, cuando el recio portón se abrió. Un resquicio de luz amarilla del amplio vestíbulo rasgó la oscuridad gris del atardecer bañado en niebla espesa y sulfurosa, de acre hedor. Un rostro joven y descolorido, salpicado de pecas, asomó por la rendija. Encima, una cofia almidonada, entre cabellos pajizos. Debajo, un delantal igualmente blanco sobre uniforme gris oscuro.

—Lo siento, señor —manifestó con voz aguda y torpe—. El señor no recibe. Sir Spencer no está para nadie.

—No diga tonterías —le cortó Fry abruptamente—. Me espera. Le llamé por teléfono. Tengo una cita a las seis en punto.

Ella vaciló. Miró atrás, como buscando ayuda para retener al visitante. Pero sólo estaba consultando un reloj, sin duda. Protestó débilmente:

—Sólo son las seis menos diez...

—Bien, ¿y qué importa? —gruñó el detective, metiendo un pie entre la hoja y el dintel por si acaso—. Espararé, si sir Spencer es tan partidario de la puntualidad estricta.

—Está bien, pase —balbuceó la sirvienta, con tono cada vez más inseguro—. Pero no sé si el señor se enfadará...

—Le aseguro que no, hijita —suspiró Fry, aliviado al pisar el alfombrado, cómodo y confortable vestíbulo. Junto a la escalera ascendente, amplia y curva, un reloj de pie desgranaba lentamente los minutos y los segundos. Eran, efectivamente, las seis menos diez—. El me espera.

—De modo que usted es, en ese caso, el señor Fry, detective privado... —musitó la joven criada, mirándole como a un aparecido.

—Exacto. ¿Acaso no lo parezco? ¿Cómo cree que es, realmente, un detective privado? —y, de repente, sus ojos se fijaron en un volumen sobre una mesita del vestíbulo. Su título le hizo sonreír: «Aventuras de Sherlock Holmes. Arthur Conan Doyle.» Meneó la cabeza, risueño—. No, no todos vestimos gorra a cuadros con visera y orejeras, macferlán también a cuadros, y tenemos nariz de halcón y lupa en la mano. Eso es una invención de ese endiablado doctor Doyle... No se crea demasiado lo que lea ahí, jovencita. Soy investigador privado y vengo a ver a sir Spencer, que me espera. Eso es todo.

Pareció convencida realmente de que Fry decía la verdad. Asintió con la ingenua torpeza de la chica de pueblo trasladada recientemente a la capital.

—Sí, él le espera. Me lo dijo a mí, después de informarle de su

visita a un amigo por teléfono...

—¿El le mencionó a alguien que yo venía? —Fry arrugó el ceño.

—Si, pero fue muy breve hablando. Luego...

Se interrumpió. Clifford Fry también se puso repentinamente rígido. De alguna parte de la casa, había llegado un espantoso, agudo y terrorífico alarido, capaz de helar la sangre en las venas a la persona más insensible.

—¿Qué es eso? —jadeo Fry, palideciendo, con su mirada dirigida a lo alto de la escalera.

—No... no sé... —musitó la criada, tan pálida como él, pero infinitamente más asustada—, Parecía la voz... del señor...

—¿Está solo arriba? —indagó Fry, iniciando una zancada hacia la escalera.

—Si, por supuesto. El señor siempre vive solo. Benson, el mayordomo, y yo, cuidamos de la casa y de él. Pero hoy es el día libre de Benson y...

Evidentemente, la criada no tenía su día. Otro berrido espantoso, inhumano, bestial, llegó de allá arriba. Fry ya no vaciló. Se lanzó hacia las escaleras, buscando su revólver en el bolsillo interior de la levita. La doncella gritó, tratando de detenerle:

—¡No, no lo haga! ¡El señor tiene prohibido que...!

Fry nunca supo qué tenía prohibido el señor de aquella muchacha torpe y vacilante.

Cuando ella terminó la frase, él estaba a mitad de la amplia escalera, empuñaba su revólver amartillado, y tenía en su rostro una fría y enérgica determinación

Perdió mucho tiempo buscando la puerta adecuada, en un interminable corredor de numerosas puertas a ambos lados. Pero cuando finalmente lo consiguió, ya era tarde. Demasiado tarde para salvar la vida de sir Spencer Ashburn, cuando menos.

Le vio en seguida. Tendido al fondo de un amplio salón suntuosamente amueblado y alfombrado, con espesas cortinas, espejos y cuadros valiosos enmarcados de forma lujosa.

Yacía en un baño de sangre, no lejos de un balcón abierto, asomando a la parte posterior de la casa, puesto que por el hueco eran visibles las copas de los árboles del jardín particular. Desde Regent's Park, llegaba un fuerte aroma a vegetación húmeda y a jazmines. Pero allí también olía a sangre. Y a muerte.

—¡Sir Spencer! —rugió Fry, precipitándose dentro de la estancia, sin dejar de apretar con fuerza la culata de su revólver.

Era inútil llamarle. Sir Spencer, si oía algo ahora, debían ser las trompetas del cielo, porque su cuerpo era un simple amasijo de carne triturada y desgajada, huesos rotos y sangre que corría tumultuosa por la alfombra. Los ojos de Fry se fijaron, de repente, en algo más.

Algo escalofriante y horrible, que escapaba en ese momento de la bien iluminada estancia donde los restos de un hombre se desangraban tras un ataque tan feroz como inexplicable, que le había despojado inicialmente de parte de un brazo, parte de su rostro y fragmentos de su pierna.

Aquella cosa —Fry supo definirla en principio de otro modo—, estaba escapando por el balcón. Captó borrosamente, con mirada de horror, una masa negra, velluda y brillante, que escapaba veloz por la abertura, desapareciendo como si tuviera alas. Unos regueros de sangre, corrían desde el cadáver al balcón, marcando un rastro escarlata sobre la alfombra y el suelo mismo del balcón. Junto a la barandilla de piedra, desaparecía como absorbido por la espesa niebla que todo lo circundaba.

Clifford no vaciló. Apenas echó una ojeada al rostro crispado de sir Spencer, con sus ojos desorbitados y su boca convulsa, supo que era inútil tratar de asistirle, estaba muerto, y los muertos no pueden ser ayudados. Corrió hacia el balcón.

Cuando pisó el exterior, húmedo y helado, se encontró envuelto en aquella espesa y viscosa bruma con hedor a sulfuro y a hollín, que era el mejor cómplice de cualquier merodeador o asesino que pretendiera escapar. Aun así, pudo ver algo.

Y aquel «algo» le causó escalofrío de pavor, la sensación alucinante y aterradora de que se hallaba ante algo que no era de este mundo. Una oronda forma, negra, de erizado vello lustroso, flotaba en la bruma, desapareciendo hacia las sombras densas del jardín, como si flotase en el aire. Pero los ojos dilatados de Fry se clavaron en algo que colgaba del balcón y que, sin duda, era la forma de evasión del ser de pesadilla que tenia ante si: un hilo sedoso, húmedo y brillante, de un gris sucio, colgaba, flotante, desde la balaustrada del balcón. Sin vacilar, disparó contra ella.

El revólver tronó en el oscuro anochecer. Se quebró aquel hilo viscoso. Un sonido sordo llegó del jardín. Los cabellos de Fry se erizaron cuando sus oídos captaron una especie de sonido apagado, susurrante, como de un extraño y desconocido animal furioso. Luego, el extremo del hilo sedoso se hundió en la niebla, y perdió todo contacto con el fantástico fugitivo.

Clifford Fry sabía que no era un héroe. No deseaba serlo. Tenía miedo, pero lo dominó. Y saltó al jardín sin pensarlo dos veces, amartillando de nuevo su revólver, mientras en la calle, en alguna parte de la zona residencial, sonaba un silbato de la policía. Sin duda, los gritos de la criada y su disparo habían despertado la alarma de la policía.

Corrió casi a ciegas, con una muralla gris y espesa a menos de una yarda de él, por un jardín que desconocía, y en cuyos matorrales,

setos y plantas, tropezaba a cada momento. Sabía que perseguía a algo definitivo, al verdadero autor de aquellos horrores, pero que estaba en total inferioridad porque, por alguna razón que ignoraba, el ser monstruoso y negro que viera desaparecer por el balcón, era capaz de desplazarse en la oscuridad, guiado por algún misterioso instinto que él no poseía.

En una ocasión, rozó algo. Nunca el terror se hizo más tangible en un ser humano, como cuando la mano crispada de Fry, al extenderse en la niebla para guiarse, tropezó con algo peludo, viscoso y frío, que se agitó violentamente, estando a punto de apresarle. Sin embargo, otro movimiento brusco le alejó de él, y perdió contacto. Supo, con un sudor helado, que había estado cerca, muy cerca de la muerte. De una clase de muerte, que, tal vez, nadie imaginaba...

Después, al levantarse de nuevo y tantear en la sombra, topó con altas verjas y supo que había llegado a los límites del jardín privado de Spencer. En una calleja posterior, junto a Regentas Park, rodó un carruaje. Pudo captar el girar de ruedas en el empedrado, retumbando lúgubremente en la sombra. Luego, alguien rió en la distancia, a medida que el carruaje se alejaba.

Aquella risa era capaz de aterrar a cualquiera, si antes no había vivido ya las terribles experiencias de Fry conociera en momentos anteriores. Finalmente, el rodar y la risa, se perdieron en la distancia. Fry, sin saber la razón, estuvo seguro de que con todo eso, se iba la cosa alucinante que destruyó a sir Spencer y estuvo a punto de hacer presa en él.

Arañado por los arbustos, maltrecho, mojado por sus caídas en la gravilla húmeda, regresó a las luces de la casa, que parecían pertenecer a otro mundo. Los silbatos policiales sonaban cada vez más próximos, rodeando la manzana. Parecían tranquilizadores. Pero no lo eran para Clifford Fry, porque sabía que el gran enemigo, la muerte fantástica llegaba de la niebla, se había escapado una vez más.

* * *

Era una reunión espectral, lúgubre. Digna de un funeral. Y no sólo porque en la cámara inmediata estuviese el cadáver de sir Spencer Ashburn, sino porque una sensación de agobio y de mudo horror flotaba sobre los reunidos.

Estaban allí los supervivientes. Ahora eran solamente «Los Tres»: el coronel Woodcock, Archibald Faraday y el duque de Nordham. Todos ellas se miraban frecuentemente entre si con una mezcla de miedo y desconcierto. El más asustado era el Duque. Faraday sonreía a veces, manteniendo su libertino incorregible. El coronel, atusándose

sus pelirrojos bigotes, parecía planear imposibles estrategias para vencer al enemigo invisible que les estaba diezmando.

—No entiendo nada —dijo finalmente el superintendente Williams, apagando su pipa y enfrentándose ceñudo con todos ellos—. Esto es un galimatías sin sentido, caballeros.

—No tanto, amigo mío. no tanto —se permitió juzgar Fry, desde el silencio expectante de su rincón.

Williams le miró con expresión iracunda, pero se controló, para hablar con tono seco y nada amistoso:

—¿Es que tú si entiendes alguna cosa de todo este embrollo?

—No mucho —concedió Fry amargamente—. Pero creo entender algo.

—¿Qué, exactamente?

—No puedo decírtelo —rió Fry—. Te burlarás de mi.

—¡Habla, por todos los diablos, o hago que te encierren por ocultar evidencias a la policía! —estalló Williams, furioso.

—Como quieras —resopló Fry—. Pero no servirá de nada. Aunque tú lo aceptaras, que es mucho suponer, tus superiores de Scotland Yard te enviarían a un sanatorio mental si les presentaras el caso sin más evidencias. El problema estriba en eso: nada de lo que sucede tiene lógica. Porque nos aferramos a que la lógica sea todo lo que conocemos y aceptamos como normal, sin admitir que existe un margen de anormalidad que, tal vez, en alguna ocasión en el futuro, constituya normalidad total.

—Eso suena a charada —se irritó Williams—. No estoy para bromas. Fry.

—Yo tampoco, Peter —confesó el detective—. Hoy he estado más cerca que nadie de aferrar al asesino, de saber qué es, exactamente. Pero escapó en el último momento. No sé si lamentarlo o felicitarme por ello. Aunque llevaba un revólver, posiblemente él hubiera sido el vencedor absoluto y ahora estaría yo tan muerto como sir Spencer.

—Acabemos de una maldita vez, Fry. ¿Qué era lo que tocaste?

—Un monstruo, Peter. Un animal grande y temible. Yo diría que era... UNA ARAÑA.

—¿Una... qué? —farfulló el superintendente.

—Una araña. Del tamaño de un ser humano. Enorme, terrible, mortífera... Las arañas se nutren de sus presas, Williams. Todo el mundo lo sabe, aun sin ser entomólogo. Pero imagina una araña como tú o como yo. Devoraría todo. Especialmente, carne fresca. Seres humanos, por ejemplo...

—¡Dios! —bramó el duque de Nordham—. ¿Qué está diciendo, Fry?

—Ustedes saben ya algo así. O, al menos, lo temen. Saben lo que Stern experimentaba, ¿no es cierto?

Un silencio denso, profundo y glacial, acogió la dura pregunta del detective. Peter Williams miró a todos con gesto huraño.

—¡Acaben de una maldita vez por todas! —aulló—. ¿Qué saben o sospechan al respecto?

Archibald Faraday encendió un cigarrillo largo y aromático, posiblemente turco. Paseó por la estancia con languidez, como sintiéndose realmente la encamación real de Dorian Gray.

—Fry tiene razón —admitió lentamente—. Yo lo he sospechado siempre. Stern experimentaba en Nueva Zelanda con arañas gigantes y otros insectos por el estilo. Creía estar en camino de descubrir una mutación de la especie a base de un procedimiento biológico que sólo él conocía. Aseguraba que en el futuro, incluso sería posible el cruce de... de...

Se detuvo. Se pasó una mano por la frente, como ahuyentando una pesadilla. Fry no dijo nada. Fue e! policía quien le animó:

—Vamos, vamos, adelante. Diga lo que sea. Faraday, por horrible que resulte.

—Bien. Usted lo quiere, superintendente —el joven de rostro disoluto—. No es nada agradable hablar de ello, tal vez sólo soñaba imposibles entonces. Pero él dijo que podía lograr el cruce biológico de... de una araña, grande, una tarántula o algo así... con un ser humano. Y obtener un híbrido de ambos seres.

Un pesado silencio volvió a planear sobre todos. «Los tres» se miraron de nuevo, con incomodidad. Fry parecía mirar al vacio, sin emoción alguna en el semblante. Williams, enrojeció hasta bordear casi la apoplejía.

—¡Absurdo! —bramó—. Eso es una locura, caballeros. Nadie conseguiría algo así...

—Sigmund Stern, si —replicó fríamente el coronel Brian Woodcock —. Era capaz de todo con sus animalitos del demonio... Por entonces, logró el cruce de una mariposa con un mono. Yo lo vi. Era algo horrible... aunque vivió sólo dos horas.

Williams se estremeció, sin atinar a replicar al militar de rostro severo. Era tal la tensión reinante, que cuando entraron en la estancia los doctores Owens y Stowell, del Departamento Forense, el simple chirrido de la puerta fue como una detonación. Todos se irguieron en sus asientos dando un respingo. A Faraday se le cayó el cigarrillo.

Tras ellos dos, un hombre menudo, enjuto, de gruesas gafas y expresión afable, asomaba en la estancia, con gesto preocupado y perplejo, mirando unos apuntes como si no diera crédito a lo que veía en ellos.

—Bien, señores —suspiró el doctor Harry Owens, médico forense de la policía —. Creo que el doctor Glenn Irwin, tiene algo que decirles.

—Como saben, caballeros, hemos llamado al doctor Irwin por el primer entomólogo de Londres y, posiblemente, de todo el Reino Unido —añadió el doctor Stowell —. El doctor Owens se resistía a tal consulta, pero dadas las circunstancias y la declaración del señor Fry, yo he pensado que valía la pena hacer la prueba. Y, realmente, hemos estado acertados. Lo que él les diga no sé si les gustará. Pero explica muchas cosas, aunque abra otras terribles interrogantes que nadie entiende aún...

Tras aquel preámbulo del joven forense, todos los ojos se fijaron en el doctor Irwin. Este carraspeó, como aturdido por la importancia que se le concedía. Pero al hablar, su voz era serena y calmosa, y sus palabras rotundas como mazazos:

—Señores, ¿por qué no aceptamos por una vez que hay cosas que la Ciencia puede conseguir a espaldas de la propia lógica y de todo principio conocido, y que esas cosas, aunque desafíen toda norma establecida, son posibles cuando un genio científico está tras ellas?

Nadie dijo nada. Se hubiera podido oír el vuelo de una mosca. Pero, cínicamente, Fry dudó que hubiera moscas donde poco antes, según su criterio, había estado una araña capaz de devorar millares de ellas de golpe.

—Ya veo que, o bien dudan, o no admiten lo que voy a decirles —suspiró el entomólogo—. Sin embargo, he estudiado muy bien la carrera del profesor Stern, desaparecido hace diez años, y puedo asegurarles que siempre buscó lo mismo, contra todas las normas legales y éticas establecidas: crear híbridos de insectos y otros animales. Y al mencionar ahora a otros animales... ¿por qué no referirnos a los humanos? Somos animales racionales, nos guste o no, y nuestra inteligencia y capacidad, unidas a las de un arácnido, pongamos por caso, crea criaturas sorprendentes y fantásticas. Todo eso, aplicando siempre la búsqueda biológica de la mutación a propósitos nobles y puramente científicos, por supuesto. Pero imaginen a un enfermo mental, a un loco.

¿Cómo utilizaría sus conocimientos y experiencias, llegado el caso? La respuesta puede resultar aterradora. Pero cierta.

—¿Es ése el caso que nos ocupa? —dudó Williams.

—Sí, doctor —apoyó el doctor Owens—, ¿Está realmente probado que el profesor Stern estuviese loco?

—No digo que lo estuviese. El profundo shock de su tragedia familiar le desquició del todo. Pero anteriormente, sus propias experiencias le habían llevado a un grado peligroso de equilibrio mental, puesto que ya no diferenciaba una vida humana de otra puramente animal, como la de los insectos. Sus prácticas alteraron su razón, sin duda, y sólo bastó su tragedia personal para terminar de desequilibrarle. En estos momentos, si realmente vive, es posible que

haya conseguido el sueño de su vida: un cruce arañahombre. Algo fantástico como hallazgo científico. Algo abominable, como obra de un científico enfermo y vengativo.

—Hombre-araña... —dudó el doctor Owens ostensiblemente—, ¿Es posible, doctor?

—No. Teóricamente, es posible. Prácticamente, no. Pero él quizá saltó esa barrera. Los indicios lo prueban. Los hilos que cortó el señor Fry de un disparo eran la sustancia gomosa que la aragno lampidario, vulgo «araña», segrega de sus glándulas situadas en la extremidad de su abultado abdomen, formando la seda con que fabrica la tela en que aprisiona a los insectos de que se alimenta.

—Y en este caso, ios insectos de que se alimentaria esa horrenda araña humana... —comenzó el duque de Nordham.

—Serían los propios humanos —sentenció el entomólogo con un amargo suspiro, inclinando la cabeza—. Si, caballeros. Acepten ustedes ese hecho. No hay otra explicación para la sustancia sedosa que envuelve parte de los cadáveres... ni para la visión que persiguió aquí esta misma noche el señor Fry...

Un clima de horror infinito pareció sacudir a todos. El silencio era tan denso y sólido que casi podría romperse a silletazos, pensó Fry tristemente.

Por si todo eso fuese poco, la puerta se abrió de repente, de un empellón, haciendo pegar un salto en sus asientos a los atemorizados presentes, y una hermosa mujer de abundantes, blancos y agitados pechos escapando casi de un amplio descote, irrumpió en la estancia, enfrentándose con todos los que allí estaban, pero en especial con el gordo, risueño y fofo Charles Nordham, a quien espetó con acritud:

—¡Malditos seáis todos, pedazo de carne blanda y torpe! ¿Es que no pensáis hacer nada por salvar vuestras vidas amenazadoras? ¿Es ¿que después de morir el profesor Stern, lord Cadwell y sir Spencer, estáis dispuestos a que dos de vosotros sean asesinados también por el último del grupo, que se embolsará así todo el dinero de la sociedad?

Peter Williams, superintendente de Scotland Yard, miró con asombro y desconcierto a la mujer. El duque saltó de su sillón, precipitándose hacia la opulenta hembra con intención evidente de hacerla callar.

Clifford Fry, por su parte, con expresión entre sorprendida e interesada, contempló a la recién llegada y se puso lentamente en pie, dispuesto a aclarar esta nueva e inesperada faceta del enigma.

CAPITULO X
LA AGENDA DE JASON BROOKS

—¿Es que va a hacer caso a esa loca, superintendente?

Peter Williams no dijo nada. Cachazudamente, llenó su pipa de tabaco, la encendió, y miró de soslayo a Clifford Fry, que permanecía en pie en el despacho de Scotland Yard. Luego, se encogió de hombros.

—Yo no digo nada, Faraday —respondió al joven de rostro demacrado—. Sólo escucho a la gente. Más absurda que la historia de la araña humana no puede ser ninguna otra que se presente. Y, por cierto, según mis informes, la señorita Claire Simmons, además de ser amante oficial del duque de Nordham, es una joven muy despierta, que no ha dejado de poner el dedo en la llaga. Porque ustedes son los dueños de club Nueva Zelanda, ¿no es cierto?

Archibald Faraday inclinó la cabeza. Por vez primera, Fry le notó inseguro, vacilante.

—Es cierto —admitió al final, perdida su habitual y cínica firmeza —. Claire es una zorra. Pero también una chica lista. Tiene motivos para sospechar. Después de todo, la teoría de la resurrección de Stern podría ser el truco de uno de nosotros tres. El coronel Woodcock, el duque o yo mismo, pudimos haber matado a los demás. Y ahora seriamos dueños del club Nueva Zelanda y todo lo que él significa.

—Aclárenos eso, por favor —rogó Fry desde su rincón—.

El club Nueva Zelanda sé que está en Mayfair. Es lujoso, señorial... Digno de ustedes. Ignoraba que eran sus dueños.

—Si, lo somos. Es dinero colectivo. Un fondo común. Un negocio espléndido. Se han invertido beneficios en acciones. Podría decirse que hoy día, ser dueño de una parte del club y sus ingresos, equivale a poseer más de doscientas mil libras.

—Suficiente dinero para matar a alguien, ¿no, Faraday? —sugirió Fry.

—Claro —rió el joven, recuperando en parte su cinismo—. Empezamos los seis. Todos pusimos una parte allá, en Nueva Zelanda, donde formamos el club inicial. Luego lo trasladamos a Londres, muerto ya Stern... o desapareciendo, cuando menos. Ahora todo cambió. Somos propietarios de un fondo común que es una fortuna auténtica. Según los estatutos del club, cada fallecido deja su parte a los demás. Claire Simmons tenía razón. Podría ser cualquiera de nosotros el asesino. Pero ¿y la araña humana?

—Posiblemente un hábil truco, basado en descubrimientos científicos de Stern —comentó Fry, levantándose con un suspiro.

Luego meneó la cabeza de un lado a otro—. Pero no lo creo. La araña existe. Yo no perseguí una ilusión ni un truco. Estoy seguro de que era algo vivo y real, tangible y espantoso...

—¿Entonces...? —Faraday hizo un gesto escéptico—. Toda esta investigación a causa de los gritos de esa histérica, carecen de sentido...

—Es posible —aceptó Fry, camino de la salida—. Pero me gustaría estar seguro de ello, Faraday...

Y cerró tras de si, dejando al joven aristócrata con el oficial de policía.

* * *

Ya habían dejado de llamar. No había comunicación. Colgó.

Se sentó a escribir una serie de cosas que quería ordenar. Las leyó después, empezando a sentirse confuso y vacilante. Todavía no sentía sueño, pese a lo avanzado de la noche. Y esperaba una confirmación relativa a algo que había pedido al Departamento de Medicina Forense de landres. Cuando llamaron a la puerta, supo que allí estaba la respuesta que esperaba.

El propio doctor Harry Owens, titular del cargo médico- forense, apareció en el umbral, estrechándole la mano. Fry le hizo subir y sirvió dos brandys, antes de entrar en materia. Tras saborear el licor, el detective miró al forense.

—Espero su informe, doctor Owens —dijo sereno—. ¿Todo es como imaginé?

—Desgraciadamente, si —confirmó el médico—. Mi ayudante y yo hemos examinado las señales de los cadáveres atentamente, comparándolas con las de moscas e insectos de todo tipo devorados a medias por arañas de regular tamaño. Coincide totalmente. Esas personas fueron masticadas por unas fauces que podrían ser las de una araña de enormes proporciones, tan grande como usted o como yo. Pero, señor Fry, eso no creo que sea...

—¿Posible? —Fry rió entre dientes—. Lo siento, doctor Owens. Creo que estamos rozando el horror de una obra científica demencial. Y ahí, todo es posible.

—¿Insiste en que el profesor Stern vive... y está loco? —dudó Owens, pensativo.

—Insisto en que hay alguien que ha logrado convertir a una araña en hombre... o viceversa. En suma, han creado un monstruo asesino. Y su dueño ríe feliz cuando mata a alguien, puedo asegurarlo...

En ese momento, volvió a sonar el teléfono. Fry fue al mismo con celeridad. Lo descolgó.

—¿Si? —preguntó ansiosamente—. Soy Fry.

—Gracias a Dios, Fry —sonó la voz angustiada de una mujer en

quien reconoció a Belinda Godwin—. Ha ocurrido algo. Algo espantoso...

—¿Qué es, por favor? ¿Qué sucede, señorita Godwin?

—La agenda...

—¿Qué agenda?

—La de él... Jason Brooks. Escribió una serie de apuntes e impresiones en una agenda...

—¿Brooks escribió una agenda? —insistió Fry, asombrado, mientras el doctor Owens, ausente de su charla, encendía una pipa con lentitud, sentado ante su mesa —. ¿Cómo lo sabe?

—La he recibido hoy.

—¿Que la ha... qué?—jadeó Fry.

—Un muchacho la trajo a mi casa. Venía en un sobre, con mis señas garrapateadas en el sobre. Es la letra de Jason pero rara, alterada, deforme... Ni siquiera concluyó de escribirlas, pero el muchacho que la trajo a mis manos, dijo haberla encontrado en los alrededores de Peterborough, al norte de Londres. Le recompensé adecuadamente. Tengo esa agenda en mi poder. No sé, Fry, es atroz... Presiento que le ha sucedido algo horrendo...

—Cálmese, Belinda. Iré a ver esa agenda ahora mismo. ¿Cree que es una prueba definitiva?

—Creo que explica muchas cosas. Y sugiere otras espantosas...

—Estaré ahí en poco tiempo. No abra a nadie salvo a mí, recuérdelo, Belinda.

Colgó, precipitándose a su mesa. La abrió, extrayendo el revólver. Comprobó su carga y guardó el arma, tomando un abrigo y un sombrero del perchero. El forense se puso en pie, siguiéndole. Se rascó sus blancos cabellos y comentó:

—Creo que he venido en un momento inoportuno, ¿no es cierto, señor Fry?

—No, nada de eso, doctor. Sólo que ha surgido un imprevisto quizá decisivo. Nos veremos mañana. Tal vez para entonces, todo esté aclarado definitivamente. Al menos, creo que sabré lo que ha sido de Jason Brooks... y ésa puede ser la clave de todo este horror.

Despidió al forense en la puerta. El médico se alejó en su carruaje, tras rechazar Fry su invitación de llevarle a alguna parte. Fue corriendo a la cercana parada de vehículos de alquiler y, para su exasperación, resultó que no había ninguno, tardó más de veinte minutos en llegar uno. Saltó Fry a él, frenético, dándole al chófer las señas de Belinda Godwin y rogándole, apremiante:

—¡Vuele, si le es posible, y se ganará cinco guineas de propina, maldita sea! ¡Me temo que me he pasado de listo y he perdido un tiempo precioso! Dios quiera que ella no esté ahora en peligro mortal...

La niebla les envolvió, como humo del diablo. Las ruedas soltaban chispas al brincar sobre el empedrado callejero. Iban muy deprisa. Pero algo le decía a Fry. angustiosamente, que aun así podía ser demasiado tarde.

CAPITULO XI
EL HOMBRE - ARAÑA

Belinda Godwin tenía miedo.

Nunca había estado tan asustada como esta noche. Y no era sólo porque la niebla en el exterior fuese más densa e irrespirable que nunca, hasta borrar las luces callejeras y dar la impresión de aislar su vivienda en un mundo de brumas y humos inquietantes. Había algo más. La sensación de que algo la acechaba allá en la zona sin formas que se extendía como un mundo de pesadilla al otro lado de las ventanas.

Tal vez por eso, el ruido de vidrios rotos, en alguna parte de la casa, le provocó un estremecimiento brusco. Trató de pensar dónde había podido suceder aquello. No le alivió nada calcular que hubiese podido ser en la planta alta, ahora desierta.

Recordó que la muerte de lord Caldwell coincidió con la salida de «algo» monstruoso por un balcón. Y, según noticias suyas, había ocurrido algo parecido al morir violentamente sir Spencer Ashburn, llegando Clifford Fry a perseguir por el jardín de la casa a una forma viviente capaz de huir vertiginosamente en la noche, dejando tras de sí sedosos hilos de araña.

Un horror súbito y profundo la dominaba. Estrujaba entre sus dedos temblorosos la agenda con tapas de hule negro, repleta de escritos con letra menuda hechos por Jason Brooks, en un lugar llamado Brompton Mews, en Petersborough. Esas inquietantes confesiones, unidas a los hechos acaecidos en Londres, resultaban terriblemente significativas, casi alucinantes...

Fue como sentir el aliento de un monstruo dentro de casa, a sus espaldas. De repente, un frío sutil pareció taladrar su espina dorsal y llegarle al cerebro. Ni siquiera se atrevió a girar la cabeza.

Pero supo que alguien... o ALGO... estaba allí, con ella, en el gabinete.

Uno de los mecheros de gas con pantalla de vidrio azulado, reflejó de pronto una grotesca, informe sombra en el muro, frente a ella. Fue tan horrenda, que lanzó un agudo grito de pavor. Y se volvió, incapaz de soportar aquel pánico supremo e invencible que helaba su cuerpo y convertía su mente en un pozo negro de miedo y angustia.

¡Y lo vio!

Por primera, acaso por única, por última vez, también, le vio...

Era horrible. Espantoso. Imposible de creer. Pero estaba allí. Ante ella. Se había descolgado por el hueco de la escalera y llegado hasta el gabinete. Empezaba a moverse hacia ella, como un enorme, velludo, negro y horrendo monstruo.

Una araña.

Enorme, gigante. Mayor que un ser humano, porque era mucho más gruesa, adiposa, y cubierta de largo y erizado vello, negro y brillante. Poseía cuatro pares de peludas patas. Por la extremidad de su hinchado abdomen, destilaba una sustancia sedosa que iba dejando tras de sí un hilo sutil, pero grueso y fuerte, que parecía unirla a una extremidad situada fuera de su vista.

Una araña colosal, repulsiva, hedionda, babeante...

Belinda gritó, mortalmente pálida, con ojos desorbitados. Pero no sólo por la presencia

alucinante del monstruoso arácnido, sino por algo más.

—¡Jason! —sollozó—. ¡Oh, no, Jason, querido...! ¡Eso no...!

El rastro del monstruo no era exactamente el de un arácnido. En él se mezclaba la lividez cenicienta, ligeramente babosa y deforme, de una faz humana, de unos ojos tremendamente patéticos, de unas facciones que ella conocía muy bien, aunque apenas si podía reconocerlas ahora.

¡Jason Brooks era la araña humana!

Y ahora, ella iba a ser su siguiente víctima...

* * *

Otra vidriera se hizo añicos cuando las patas de la araña estaban ya cerca de Belinda Godwin, y la boca babeante del voraz insecto destilaba babas en la alfombra.

Clifford Fry, revólver en mano, irrumpió en la estancia.

Pero ya, un segundo antes, las patas del enorme arácnido, se habían replegado, como rechazando aferrar en ellas a la víctima propiciatoria. Un gesto de supremo horror, de dolor y angustia, asomó a la faz lívida, atroz, del infortunado Brooks.

Parecía como si quisiera hablar. Pero no le era posible. Era ya más araña que hombre, aunque hubiese algo tremendamente humano sobreviviendo en el fondo de su pobre cerebro en mutación.

Y no quería atacar a Belinda. La había reconocido. Sabía quién era ella. Y no pensaba atacarla, aunque la presencia violenta de Fry le enfureció, haciéndole agitar ante él sus patas, como enloquecido.

Fry no vaciló, empezando a disparar sobre sus fauces abiertas. Belinda gritó:

—¡No, no, Fry, eso no! ¡No dispare! ¡Es... es Jason!

—Era Jason —rectificó- él duramente—. Ya queda poco de él, por desgracia... y dentro de unas horas no quedará nada. Han creado un monstruo a su costa, y debe perecer...

Siguió disparando. La araña comenzó a sentir en su cuerpo los impactos de bala. Escapó veloz, dejando tras de sí rastros de sus

gruesos hilos sedosos. Pero apenas alcanzó el exterior, nuevos disparos formaron un estruendo pesado y trágico en la noche.

Belinda, que se había arrojado, histérica, en brazos de Fry, miró a éste, patética.

—¿Qué... qué ocurre ahora? —gimió.

—Tuve que poner sobre aviso a la policía, antes de llegar —suspiró Fry—. Sabía que esto iba a ocurrir. Tendí a alguien una trampa. Sólo que usted era el cebo, y estuve a punto de estropearlo todo... Por suerte, el factor humano que aún quedaba en Jason Brooks, evitó lo peor, Belinda... Cálmese. Todo está a punto de terminar...

Ella se desprendió de sus brazos, sin embargo, corriendo a la ventana. Desde allí, con Fry a su lado, asistió al horror final. Un enorme cuerpo de arácnido gigante era acribillado por expertos tiradores de Scotland Yard en plena calle, a la luz débil de las farolas sumergidas en la niebla.

Pero antes, las largas patas habían aferrado a un hombre que se debatía, desesperado, entre las extremidades del monstruo, hasta que éste, en un impulso final, agónico, mordió su cabeza, arrancándosela del resto del cuerpo...

Belinda chilló, despavorida, ocultándose en Fry. Este palmeó suave, dulcemente, sus hombros y espalda.

—Serénese —rogó—. No es un espectáculo agradable. Pero ocurre a veces. La obra destruye a su creador. Ese hombre que él descabezó... era Sigmund Stern.

—Jason lo conoció como Waldo Hammerstein, profesor entomólogo... —musitó ella.

—No importa el nombre que usara. Era un experto en disfrazarse y cambiar de aspecto. Pero era Stern. Y Jason, su creación monstruosa, acabó con él antes de morir... Nosotros conocimos a ese hombre como el doctor Harry Owens, médico forense de la policía de Londres. Y nadie sospechó de él. Sólo yo, porque me había ocultado cosas que su joven ayudante, el doctor Stowell, me revelaba. Y le utilicé, al recibir su llamada, haciéndole que actuara aquí hoy, a la desesperada, para destruirla a usted. Era la única forma de darle caza final a él ya su horrible monstruo, mitad arácnido, mitad humano... Pero ese desdichado demente nunca hubiera logrado rehacer su obra genética de especies, de no contar con el dinero de un canalla capa/ de todo por quedarse ron el dinero de todos sus socios en una empresa llamada «Club Nueva Zelanda». Sí, Belinda. El joven y libertino Archiblad Faraday fue el que financió el retomo de Sigmund Stern y su obra maestra: la araña humana... La policía acaba de arrestarle cuando yo venía hacia acá... y ha confesado todo. A él fue a quien llamó sir Spencer antes de morir. Por eso fue atacado. Lo

pagará en la horca. Algo que no harán Stern y su triste obra, quizá por suerte para todos. Porque supongo que este caso jamás verá la luz para evitar mayores problemas. Será mejor para todos... incluido el recuerdo del pobre Jason Brooks.

Belinda estalló en sollozos. La policía rodeaba el cuerpo, ya inerte, de la monstruosa araña humana, dirigida en vida por su creador, y ahora con la cabeza del científico en sus fauces inmóviles.

Una sórdida historia de horror terminaba allí mismo. Belinda se abrazaba a Fry, como necesitada de apoyo y consuelo. Clifford la besó en los cabellos, la mejilla, la boca...

Y ella no se resistió. Fry se preguntó si, andando e! tiempo, olvidada ya la tragedia de Jason Brooks, podrían él y ella...

Su instinto le dijo que si. La besó de nuevo, acarició sus cabellos. Y supo que debía esperar.

Pero él sabía esperar.

F I N


¡Cada relato, un fabuloso
viaje a las estrellas...!



Notas

[←1]

Los datos apuntados en ese párrafo sirven para delimitar exactamente la época de la acción en que el autor ha situado su relato. La reina Victoria, que reinó desde 1837 hasta su muerte, en 1901, fue sucedida por su hijo. Eduardo VII, en ese mismo año. por lo que cabe suponer que esta narración transcurre a finales del citado año 1901 o a principios de 1902, puesto que la época descrita aquí es la del invierno de ese periodo. (N. del E.)

[←2]

Gipsy: gitano o gitana, en inglés.



Auténtico. Conan Doyle publicó en 1887 ese titulo, primero de su sene de Sherlock Holmes, en la citada publicación. Lo que dice el personaje reitera te localización exacta de este relato, puesto que quince años de diferencia nos dan el 1902 como momento de la acción de esta novela.



Craig's Court, en Whitehall, era un importante centro de oficinas de detectives privados por entonces, en cuyo barrio se contaban no menos de media docena de oficinas a finales del pasado siglo. (Notas del Editor.)

[←5]

En Londres ya existía el «metro» desde el siglo anterior, pero por entonces eran trenes de vapor, momentos y nada saludables, cuyo aire sulfuroso muchas veces provocaba problemas respiratorios, que en los trabajadores y empleados eran, con frecuencia, origen de males incurables en las vías respiratorias. Incluso ser viajero del «metro» de Londres a finales del siglo XIX y principios del XX. era un auténtico riesgo para los viajeros delicados de bronquios o pulmones. (N. del A.)



La mantis africana es sensiblemente más grande que la europea, y llega a alcanzar dimensiones realmente sorprendentes, en especial en los países centroafricanos. (N. del A.)


[←7]

El autor, aunque no lo cita, habla evidentemente de la obra de Wilde El retrato de Dorian Gray editada a fines del siglo XIX, que refleja la vida de un hombre que, por un pacto maléfico, trasladada sus lacras morales y físicas a su propio retrato, para terminar destrozando el retrato que refleja su corrupción y causar su propio fin. (N. del E).